

El Capellán... bandolero del Tajuña

Historia basada en hechos reales

Fernando Aguilera

PERSONAJES

VECINOS/AS.

MÁRGARO.

SALVADOR FRASCUELO.

TENIENTE GARMENDIA.

CRISANTO.

ELOÍSA.

MUJER.

ISIDORA.

CAPELLÁN.

BRUNO.

ROMANA.

SATURNINA.

VITORINA.

CABO MARTÍNEZ.

DEBAS.

SERENO.

FELIPA.

DIONISIA.

FLORA.

OLALLA.

DANIELA.

PEPA.

EVELINA.

EMBOZADOS.

Parte I

La obra requiere diez cambios de decorado; para dar solución rápida a estos, se sugiere que el diseño escenográfico tenga buena dosis de sincretismo -igual para el vestuario- y predominio de elementos significantes, particularmente en la Parte II, donde la acción dramática adquiere ritmo vertiginoso.

1. La manifestación carlista

Valdilecha, provincia de Madrid, madrugada del 4 de junio de 1874; día del Corpus Christi. Por los pasillos de la sala en penumbra aparecen diez vecinas y cinco vecinos, todos embozados; son campesinado pobre. Murmuran. Algunos portan lámparas de aceite o velas dentro de pantallas hechas de papel. Se abren las cortinas; la escena está vacía, apenas iluminada. Un gran telón, el n.º 1, representa la fachada de la Casa Consistorial, junto a la cual, en el costado izquierdo (todas las indicaciones 'derecha' e 'izquierda', serán acotadas desde la visión del público), está la torre del reloj. En lo alto de ésta, se deja ver parte de la campana y todo su yugo. Algunos vecinos suben al escenario, otros se quedan en la sala; hay carreras, murmullos, vigilancia, sigilo. Dos vecinos cuelgan una

**bandera carlista en el yugo de la campana. Algunos
llevarán palos, sables o pistolas.**

VECINO 1.º.- ¡En el día del Corpus Christi, viva Carlos VII!

VECINO 2.º.- ¡Dios, patria y fueros!

VECINA 3.ª.- ¡Mueran los republicanos!

TODOS.- ¡Viva Don Carlos!

(La escena queda vacía. Música y luz en fade up lento. Finalizada la música, se escuchan campanas llamando a la procesión. Segundos antes de finalizar las campanas, entra una mujer andrajosa hasta el centro del escenario. Mira la bandera. Al público.)

MUJER.- Por la sangre que derramó tu hijo; por la Virgen Santísima del Perpetuo Socorro, por todos nosotros aquí abajo, escúchame, Señor. Escucha la Plegaria de esta mujer que hoy no osará mirar el cuerpo de Cristo. No he conocido la paz mi Señor. ¿Qué flagelo es este que me ha tocado vivir? Jamás he perdido la fe en ti, no permitas que la duda me condene y reniegue de ti. ¿Dónde está tu justicia, Señor? ¿Qué furia tan grande es esta contra tus hijos? Casi un siglo convertido esto en triste purgatorio, en amarga antesala del infierno. ¿No te queda piedad para tus hijos? ¿Dónde está tu misericordia?, ¿dónde tu Gran Poder? Cuánto silencio. ¿No vas a conmoverte? Tampoco he conocido hombre alguno, mi Señor. A los hombres se los lleva la peste de la guerra. Es tan largo tu silencio, apenas me contengo para no blasfemar de ti.

Yo, pobre ignorante y analfabeta, ¿qué más me da un rey que otro? Roto tengo el espinazo de tanto escarbar terrones. No he visto más que miseria y dolor. ¿Me moriré sin conocer la paz? Di. Habla. Háblame a mí, tu sierva triste. No entiendo tanta ambición, tanta fechoría junta. No hables loca, que las paredes tienen cuchillos. Las bocas tienen hambre. Cientos andan convertidos en asesinos, mi Señor, son los que se han olvidado de nombrarte de tanto

pedir pan. De un bando a otro van como almas en pena, sin ley ni Dios que les guarde..., saqueando y matando. Pero estas son maneras comunes en estos tiempos. Esta tierra está enferma. ¿Por qué sobre nosotros tan solo descargas tu ira? No es tu castigo esta desgracia que nos desquicia, no, sino la sucia mofa del demonio que quiere poner a prueba nuestra fe en ti, Padre Celestial. ¿No es verdad, Señor mío? ¿No es verdad, Virgen de la Oliva, que Dios cumple sus obras derechamente? ¿Por qué consientes entonces tanto estropicio? ¿No somos tu obra acaso? ¿Cómo es que no haces nada?

Te estoy hablando, Señor. Soy una mártir en vida que nunca ha conocido la paz. Soy una plegaria alentada por la esperanza de mi juventud. No me quites lo único que tengo. Castiga a quienes trastornan tu reino. Yo veo en esto la mano de Satanás. Cuida tus almas, mi Señor. En muchas verás que el bien y el mal andan revueltos, sin saber quién es quién; hermanos contra hermanos se enmarañan, conspiran y delatan los unos a los otros. Aquí abajo, ¿qué más da un rey que otro? Pero mira mi pobre vida casi marchita antes de tiempo. ¿He de morir antes de ver un poco de tu luz? ¿Es esta tu justicia? ¿Qué esperas, Dios del cielo, para dar en la tierra señal de tu poder? ¿Habré de maldecir tu cobarde paciencia?

(Desde el fondo de la sala entran el CAPELLÁN y BRUNO.)

CAPELLÁN.- ¡Traidores! ¡Bruno!

(BRUNO corre, se encarama en la torre, quita la bandera carlista y pone una republicana. Al tiempo entran siete vecinas, dos de ellas ricas y con abanico. Serán vecinas 3.^a y 6.^a. Las otras cinco son mujeres pobres. Todas entran desde distintos puntos del escenario. Mujer se repliega hacia un rincón.)

VECINA 4.^a- ¡Baja de la torre!

(Entra vecino pobre 10.º)

VECINO 5.º.- ¡Vete a tu pueblo forastero!

(Entran vecinos pobres 1.º y 2.º.)

CAPELLÁN.- (Ya en el escenario.) No permitiremos que se manifiesten ideas contrarias a las instituciones que nos rigen...

VECINO 1.º.- ¿De qué hablas tú...?

CAPELLÁN.- Tú no te metas conmigo...

VECINO 2.º.- ¿Ahora te ha dado la ventolera por defender las instituciones que nos rigen...? ¡Bribón!

VECINO 1.º.- ¿Te crees que en el pueblo nos chupamos el dedo?

CAPELLÁN.- ¿Tú te chupas el dedo? No, no. Tú le chupas la mano al amo.

VECINA 3.ª.- Desgraciado.

VECINA 6.ª.- ¡A matar a los liberales de este pueblo!

BRUNO.- (Secándose el sudor con la bandera carlista.) Sosiéguese, señoras.

VECINO 5.º.- Te vas a ir a tu pueblo, pero muerto.

BRUNO.- Tú no tienes cojones para echarme de ningún sitio.

VECINA 7.ª.- Que te vayas a tu pueblo.

(BRUNO se limpia la nariz con la bandera carlista.)

VECINO 1.º.- ¡Te vas a enterar! (Se dispone a echarse encima de BRUNO, pero éste le detiene tirándole a la cara la bandera carlista.)

CAPELLÁN.- (Avanza hasta quedar entre vecino 1.º y BRUNO.) ¡Quieto!

VECINA 8.ª.- Tú no das órdenes a nadie en este pueblo, ¿me oyes?

VECINO 2.º.- Mal lo llevas, Capellán.

CAPELLÁN.- Peor lo vais a llevar vosotros...

VECINO 1.º.- ¿Nos estás amenazando?

CAPELLÁN.- Yo no amenazo. Pero la próxima vez que se te ocurra arrastrarte como alimaña entre la mies de mis tierras y prenderle fuego, procura que nadie te vea, ¡imbécil!

VECINO 1.º.- (Intenta echarse encima del CAPELLÁN, pero vecinos 2.º y 5.º le sujetan.) ¡Te saco los ojos!

BRUNO.- Tranquilo, compadre. (Saca una navaja.)

VECINO 5.º.- ¡Morateño del demonio!

VECINA 9.ª.- ¡Abajo los liberales!

BRUNO.- Tratándose de Uds., señoras, lo mismo me da arriba que abajo.

VECINA 6.ª.- Grosero.

CAPELLÁN.- Hay cosas más groseras.

VECINA 7.ª.- Dínoslo tú que fuiste alcalde.

VECINA 3.^a- Cesado por el gobernador civil, gracias a Dios.

VECINA 8.^a- ¡Desde que te echaron del sillón, hace 11 días, andas rabioso! ¡¿Es que no te hartaste de manejar papeles falsos en el Ayuntamiento?!

CAPELLÁN.- Váyase Ud. a paseo, señora. Opinando a gritos sobre lo que no entiende, se siente Ud. en la antesala del cielo.

VECINO 2.^o- ¡Al calabozo!

VECINO 1.^o- Que mal vas a acabar.

BRUNO.- Tú también.

VECINO 1.^o- ¿Me vas a hacer algo tú a mí?

BRUNO.-Y al que haga falta, que tengo arrestos para salir airoso de cualquier trance.

CAPELLÁN.- ¡Vámonos, Bruno! Un lodazal sin fondo es esto. ¡No reconocéis autoridad en nada ni nadie! ¿Cuánto os han pagado los carlistas que andan reclutando gente en el pueblo? ¡Mercenarios! ¡Os vendéis por un mendrugo de pan! ¿Dónde está vuestro orgullo patrio? ¿Dónde vuestro honor y vuestra fe?

VECINO 1.^o- ¿Fe? ¡La fe no alimenta! Los campesinos llevamos años de calamidad. ¡Con el amo tenemos pan seguro! ¿Qué habéis hecho vosotros, los liberales?: ¡Trastornarlo todo y quitarnos lo poco que teníamos!

CAPELLÁN.- ¡Luchamos por vuestra libertad!

VECINO 1.^o- ¡Mentira! ¡Lucháis porque vosotros queréis ser los amos!

CAPELLÁN.- ¡Chusma inconsciente! Víctimas de la miseria. El hambre y la ignorancia os tiene ciegos. ¿No os dais cuenta de que sois carne de cañón al servicio de monarcas voraces? ¿No os dais cuenta de que esta enorme injusticia os nubla la razón? El odio y la sed de venganza os hacen confundir al enemigo. ¡Traicionáis vuestros propios intereses! La miseria moral reptaba entre una

muchedumbre magullada y doliente, entre una plaga infame de funcionarios, gobernadores, jueces y alcaldes corruptos. ¡La palabra de Cristo es el único camino!

VECINA 7.^a- ¡Cura renegado!

VECINO 1.^o- ¡A matar a estos ladrones!

(Todos se echan encima del CAPELLÁN y BRUNO, pero se detienen cuando el CAPELLÁN saca una pistola.)

CAPELLÁN- ¡Que nadie se mueva!

VECINO 2.^o- ¡Pagarás por esto, Capellán!

CAPELLÁN- Pagaremos todos. Dios tiene el cielo para quien le sirva y la tierra para quien más pueda.

VECINA 10.^a- ¿Dirás que tú sirves a Dios?

CAPELLÁN- Cada uno en su oficio puede servir a Dios.

VECINA 9.^a- No lo sabía: que hay ladrones en el mundo para servir a Dios y a la buena gente.

CAPELLÁN- Hay más ladrones que se sirven a sí mismos, como vosotras (**Señala a vecinas 3.^a y 6.^a**), que nadáis en la opulencia a costa de robar la vida a vuestros jornaleros pagándoles sueldos de miseria. ¡Vosotras que mantenéis vuestros privilegios perpetuando la injusticia! ¡Todo en nombre de Dios, para honrarle y servirle!

VECINA 8.^a- ¡Estás perdido!

CAPELLÁN- ¿Perdido yo? Tengo limpia mi conciencia. Dios ha trazado mi destino con energética palabra y frase clara. Lucharé contra la cruel justicia de los hombres; contra los abusos y vejaciones de los poderosos: es el camino marcado por Jesucristo para todo buen cristiano que quiera seguirle y desee salvarse.

VECINA 6.^a- ¡Si se cree que está en el púlpito!

CAPELLÁN.- No necesito el púlpito para servir a Cristo. Me basta el sentimiento sagrado de horror que me produce la injusticia. ¡Abrid paso!

BRUNO.- ¡Viva la República!

(Mutis del CAPELLÁN y BRUNO.)

VECINA 3.^a- ¡Guardias!

(Se va cerrando el telón.)

VECINA 7.^a- ¡Detened a esos desalmados!

VECINO 1.^o- ¡Dios, Patria y Rey!

TODOS.- ¡Viva Carlos VII!

(Música, telón y cambio.)

2. La posada

Interior de la posada, "Parador de César". Sitio mustio, pero arreglado. Están ROMANA, SATURNINA, BRUNO y el CAPELLÁN, que está de pie a un costado del escenario. ROMANA trasiega. BRUNO está sentado con SATURNINA. Habrá una mesa y algunas sillas. Un bastidor tendrá dibujada la puerta de entrada a la posada, con una inscripción: "Parador de César".

SATUR.- ¿Te pongo café?

BRUNO.- Con cuatro gotas de anís.

SATUR.- ¿Dulce?

BRUNO.- ¡Claro mujer! Que ya amarga bastante la vida...

SATUR.- Sólo estaba preguntando. Me gusta el buen trato. (**Mira al CAPELLÁN.**)

¿No es eso buena educación? (**Silencio. Se levanta a por café.**)

BRUNO.- Me duele la cabeza.

ROMANA.- Y a mí.

SATUR.- Vaya por Dios. Nadie sabe para quién trabaja. (**Al servir café, deja sobre la mesa unos higos.**) Higos de la higuera que está en la ermita de Orusco: nunca maduran, pero curan los dolores de cabeza... si se llevan en los bolsillos. Coge algunos, Romana.

(**BRUNO limpia su taza prolijamente.**)

ROMANA.- ¡Eso a mí no me hace nada!

SATUR.- ¿Pero hasta cuando limpias tú la taza? Qué hombre más pingoso.

BRUNO.- Déjame en paz, Saturnina.

SATUR.- Yo te dejo. Pero te vas a morir de una infección tremenda.

(**ROMANA se sienta y limpia lentejas.**)

ROMANA.- Somos la comidilla del pueblo. Mientras fuiste alcalde todo eran atenciones y detalles. Ahora que te han echado no me saludan. Murmuran a mis espaldas. A ti no te afecta, claro. Pasas todo el día labrando en el majadar. ¡Bribones! Mal rayo les parta por habernos quemado la mies.

CAPELLÁN.- Dios hará justicia.

ROMANA.- Y mientras tanto tú les provocas. Estamos apañados.

BRUNO.- Vale más lo que se aprende que lo que se pierde.

SATUR.- Tú cállate.

ROMANA.- La Justina, el otro día...

SATUR.- No le hagas caso a esa, mujer, que es más dañina que las ortigas...

ROMANA.- "Que qué es eso... todos los críos del pueblo coreando a voces a tu marido: "¡ladrón, ladrón!". Me subió un bochorno, que la cara se me puso de todos los colores. Llego a casa y una piara de críos pidiéndome cuartos, que tú les habías prometido dinero si te coreaban a voces: "¡ladrón!". Estoy harta. No es vida, esto no es vida.

CAPELLÁN.- (Leyendo el escrito del gobernador civil.) "... Esta Gobernación, atendiendo a las numerosas quejas de los vecinos en relación a su comportamiento de dudosa moralidad, cuestión impropia de quien ostenta el cargo de alcalde, ha resuelto cesarle fulminantemente en su desempeño como máximo responsable civil de Valdilecha..."

ROMANA.- Me callo. Mejor me callo.

(El CAPELLÁN fija la carta en la pared. Silencio.
ROMANA quita la carta, la guarda y vuelve a su sitio.)

SATUR.- Eso que dice ahí, de las quejas... es la Justina... Si lo sabré yo.

BRUNO.- Boba, rezadora, tiene mirar de vaca.

SATUR.- Considera escandaloso que las medias rebasen la rodilla.

ROMANA.- Ella... la buena, la virtuosa. ¡Santurrona!

CAPELLÁN.- ¿Qué se puede esperar de esta cáfila de traidores? El gobierno de la nación combate en Levante a un reyezuelo cuya ambición no tiene límite y éstos aquí, a pocas leguas de Madrid, dando puñaladas por la espalda.

ROMANA.- Un día dices una cosa y otro día otra. Hace poco hablaste fatal del Presidente del Gobierno y hoy alabas de que combata a los carlistas.

CAPELLÁN.- Francisco Serrano no es ni chicha ni limoná; un producto del Antiguo Régimen. Va de moderado pero bien que le apoyan los latifundistas. Bajo el disfraz de centralista combate a Carlos, pero él y los que le apoyan tienen pánico de que alguien o algo dispute sus privilegios. Serrano no es republicano auténtico, sino otro politicastro de pechera y levita, como todos los que están en el gobierno de la nación. ¡Caterva de piratas del Peloponeso!

SATUR.- ¿Serrano es liberal, conservador, monárquico o qué? Porque republicano parece que no es. Carlista sí que no. Eso lo entendí.

CAPELLÁN.- Vamos a ver, Saturnina...

ROMANA.- Oye, oye, la lección de política en otro sitio o que Bruno te la explique luego.

(BRUNO da un pescozón en la cintura a SATUR.)

Pero bueno. A punto de que os linchen en la plaza y venga, a seguir con la cantinela. ¡Qué cruz!

CAPELLÁN.- ¡Cállate!

(ROMANA deja de limpiar lentes. Silencio. Solloza.)

No podemos permitir desórdenes de grupos descontrolados que alteran la tranquilidad pública y causan vejaciones a las personas. ¡Una bandera carlista en el propio Ayuntamiento!

ROMANA.- ¡Pero si el propio alcalde actual es carlista recalcitrante!

BRUNO.- ¡Petimetre!

CAPELLÁN.- Pero que haga ostentación pública de la traición convierte el asunto en algo más grande en las cabezas y almas de un pueblo hambriento e ignorante. Había que establecer el orden.

ROMANA.- Mentira, Juan. Respondiste a la provocación porque te apetecía. Disfrazas el odio que llevas dentro con un discurso lleno de buenas razones, pero te abrasa el fuego que arde en tu pecho como una yesca. Esa no es motivación divina. El demonio se ha cebado en tu alma y enreda a diestra y siniestra entre las paredes de esta casa.

BRUNO.- ¡Romana!

ROMANA.- ¡Deja que hable a mi marido, que tú no tienes vela en este entierro! Ruego a Dios y temo su castigo cuando os vais por estos tremedales a hacer quien sabe qué cosas. ¿Quién os creéis que sois? ¿El instrumento de la justicia?

CAPELLÁN.- Todo buen cristiano debe ser instrumento de la justicia del Señor. Más aún si la justicia de los hombres no es más que una burda y cruel chacota. ¿Cómo se puede permanecer impasible ante tanta desolación? Jornaleros desnutridos, solo a base de pan,

aceite y legumbres. Impuestos vergonzosos para costear un orden radicalmente injusto. Y todo a costa de los pobres del campo que en nada se benefician. La voluntad del Señor no es esa. Sólo dos son los caminos posibles: rebeldía o evasión.

ROMANA.- Nunca debiste dejar el seminario.

CAPELLÁN.- No puedo traicionar mi conciencia. ¡Una voluntad firme es capaz de cambiar el mundo! ¡Una acción justa es la única fuente de moralidad! Hice los votos, sí. Pero antes de cantar misa por primera vez, sentí la palabra divina y con la Biblia en la mano, rogué a Dios que guiara mis pasos. No era el púlpito mi destino. Dios pone a sus soldados donde mejor conviene.

ROMANA.- Me has hecho una desgraciada.

(Silencio.)

CAPELLÁN.- Este domingo harás un cocido para los Gómez, son 14.

(ROMANA se pone lentamente de pié.)

SATUR.- Virgen Santa, ¿otra vez?

ROMANA.- Me levanto a las 5 de la mañana, arreglo la casa, hago la comida, cojo leña, doy de comer a los cerdos y a las gallinas, lavo, me voy a trabajar a la huerta y ¿el domingo tengo que hacer un cocido para 14 pobres del pueblo!? ¡Ni hablar! Esto no es la Plaza de Beneficencia.

CAPELLÁN.- Nosotros tenemos algo que echarnos a la boca, pero ellos no tienen nada.

ROMANA.- ¿Y cómo te crees tú que está nuestra bodega?

CAPELLÁN.- El Señor proveerá.

ROMANA.- Este hombre no distingue realidad de ficción. ¡Vaya ruina! No quedan garbanzos, ni morcillas, ni carne de oveja. El aceite escasea... No tengo hijos míos que cuidar. ¿Por qué tengo que trabajar para los demás como una bestia? Me niego. **(Mutis.)**

CAPELLÁN.- ¡Romana! **(Mutis. Silencio.)**

SATUR.- Haré helado. ¿Quieres?

BRUNO.- No.

SATUR.- "No gracias". **(Pausa.)** Qué hombre más cansado. Cuando vayas a Morata, acuérdate de traer la pócima esa, porque la plaga de pulgones está acabando con los ciruelos.

BRUNO.- Tiempo pasará antes de que vaya a Morata.

SATUR.- ¿Y eso?

BRUNO.- Cosas más.

SATUR.- Ya.

BRUNO.- Anda, ve y trae un porrón de vino y aceitunas.

SATUR.- ¿Tinto?

BRUNO.- Claro, que ya se meará blanco.

(SATUR sirve vino y aceitunas. BRUNO examina el plato de aceitunas.)

SATUR.- ¿Qué tienen, a ver? **(Pausa.)** ¡Ay, Dios mío, qué pringosito él!

BRUNO.- Tú no sabes la cantidad de bichitos que comemos.

(SATUR mira el plato de aceitunas.)

No se ven. El ojo humano no puede verlos. Les llaman "gérmenes".

SATUR.- ¡Bah! (Se echa un par de aceitunas a la boca.) Yo a ti no te entiendo, Bruno. Si esa chica ha preferido a otro, pues ya está. No vas a quedarte con ese dolor toda la vida.

BRUNO.- Un año haciendo virguerías para que nos presentaran. Otro año de noviazgo y cuando ya estaba todo a punto, ¡a la guerra! Nunca olvidaré el día que hablé con su padre: "¿se puede?". "Adelante", me dijo. "Con permiso". "Parece que hace buen tiempo". "Como Ud. diga", le dije. No hablamos más. Todo legalizado. En cuanto llegué a Bilbao, me dieron tres meses haciendo y deshaciendo hoyos. Cuando cogí el bolígrafo para escribirla cartas, me dolían las manos. Pasé dos años en la retaguardia. Acabó la guerra y no disparé ni un solo tiro.

SATUR.- Qué suerte.

BRUNO.- Sí. Sobre todo cuando volví y me encontré con la sorpresita.

SATUR.- Hombre, en dos años y medio pasan muchas cosas.

BRUNO.- Cuando les vi, cerca de la fábrica de papel, cogida del brazo de aquel espantajo, sentí como si una gran bola, fría y pesada, ocupase el hueco de mi estómago.

SATUR.- Tenía dinero y tú no.

BRUNO.- Nos habíamos jurado amor eterno.

SATUR.- Juramentos en las cosas del querer, vaya por Dios. El corazón no tiene miramiento. Es ciego, sordo y mudo de nacimiento.

BRUNO.- Pero ella no le quería.

SATUR.- No. Quería su dinero.

BRUNO.- ¿Ella? No. La madre y toda la familia, pero ella no. Me acerqué, "buenas nos dé Dios...". "¡Bruno!", dijo ella. Y no volvió a levantar la vista. El cursi sacó una cajita y esnifó rape; no paró de hablar de él mismo, haciendo gestos, ascos y metiendo morcillas en italiano y francés. Fatuo. Un perfecto muñeco de resortes.

SATUR.- Sin embargo, el enclenque ese te buscó la ruina.

BRUNO.- No. La traición de ella fue la causa de mi perdición.

SATUR.- Tú no te pierdes por una mujer, que ya te voy conociendo yo. Por culpa de la paliza que le diste al cursi tuviste que escapar de Morata. No me extraña que la Guardia Civil anduviera detrás de ti un buen tiempo. Si es que por poco le matas.

BRUNO.- Me quedé más a gusto que nadie. No hacía más que hablar de la ópera y de París. Usaba corsé, "para verme más esbelto y airoso"; ¡lo decía él mismo! Afeminado y botarate. Despreciaba todo lo español porque le parecía duro y áspero, que los toros era una función bárbara y que el cocido era ordinario.

SATUR.- No hablemos de cocido.

(BRUNO bebe del porrón. SATUR coge un costurero,
la gorra de BRUNO y la cose.)

La semana pasada fueron los Ruiz. Nueve críos, más ellos dos. Once en total. No puede ser, Bruno. No puede ser.

BRUNO.- Claro que puede ser. La única forma de combatir la mortalidad infantil, es trayendo hijos al mundo.

SATUR.- No estoy hablando de eso.

BRUNO.- Ya lo sé.

SATUR.- ¿Qué entonces? Di.

BRUNO.- No me meto donde no me llaman.

SATUR.- ¿No es justo que Romana proteste?

BRUNO.- El Capellán sabe lo que hace.

SATUR.- ¿Y tú no?

BRUNO.- También. **(Besa la imagen de la Virgen de la Antigua que lleva colgando del cuello.)**

SATUR.- Tu Virgen de la Antigua te da suerte y te protege. ¿No es eso lo que dices? **(Pausa. Coge la mano de Bruno.)** Cuidaros, Bruno. En el pueblo tenéis muchos enemigos; no se puede guardar secretos por mucho tiempo y tengo miedo.

BRUNO.- Todo está confundido, lo verdadero y lo falso. Es este sentimiento de rebeldía el que me impulsa. Si la razón fuera todopoderosa no habría tanta calamidad. La rebeldía es un don del cielo.

(SATUR coge un libro.)

SATUR.- Mariano José de Larra. ¿Por qué se habrá suicidado?

BRUNO.- Porque no pudo más con su eterno descontento. Se destruyó a sí mismo en su lucha contra el materialismo del mundo.

SATUR.- ¿Y tú, Bruno, te destruirás a ti mismo?

BRUNO.- **(Cogiendo la imagen de la Virgen de la Antigua.)** Ella no lo permitirá.

SATUR.- Yo tampoco. (**Abraza a BRUNO. Música y cambio.**)

3. El asalto

Música digestiva. El reverso del telón n.º 1, representa el salón principal de la finca de los marqueses de Mondéjar. Sitio atiborrado de objetos, algunos de pésimo gusto. FELIPA, la marquesa, arregla el salón con esmero. PEPA borda. FLORA decora la portada de su álbum. OLALLA lee una revista y se abanica.

OLALLA.- ¡No puede ser! (**Leyendo.**) "El congreso médico de Brighton, Inglaterra, confirmó la relación directa entre la formación cultural de la mujer y su pérdida de capacidad reproductiva... Si continúa progresando la educación superior femenina en Inglaterra y Alemania, dentro de algunas generaciones la mitad femenina de aquellos países será impropia para las funciones de madre". ¿Qué haremos con la novela que has encargado?

FELIPA.- Ahí se habla de "educación superior", no de sensibilidad, buen trato y delicadeza.

FLORA.- Dice, "formación cultural", madre.

FELIPA.- Si las inglesas y las alemanas continúan adquiriendo saberes impropios de una mujer, estarán formadas culturalmente como los hombres y entonces no podrán tener hijos. Pero nosotras cultivamos saberes prácticos, propios de la mujer.

PEPA.- ¿Por qué has pedido al escritor una novela con mucho sentimiento, que haga llorar y que esté cargada de moralidad?

FELIPA.- Porque sólo una moral intachable os hará ganar la amistad de un hombre, someterle al amor y reinar en su corazón. Pero a la hora de elegir a un hombre, recordad que importa mucho más sus títulos de propiedad que sus títulos académicos. Gusta mucho a los hombres ver el pudor virginal marcado en vuestras mejillas, la

inocencia en el alma y la modestia en el rostro. Todo eso debéis aprenderlo.

(**OLALLA** deja con **displícencia** la revista.)

PEPA.- ¿Y si no podemos aprenderlo, madre?

FELIPA.- Fingidlo entonces. ¡A ensayar el teatro!

FLORA.- Un momento que no he terminado con mi álbum.

OLALLA.- Léenos la dedicatoria del poeta, anda.

FLORA.- Ni hablar.

PEPA.- (**Observando la decoración que FLORA hace de la portada de su álbum.**) ¿Por qué has puesto, "My album"?

FLORA.- En inglés queda mejor.

PEPA.- Y puede cerrarse a guisa de cartera.

FELIPA.- Así queda más elegante.

OLALLA.- A mí me parece un álbum demasiado grande. Casi ridículo. ¿Cuántas dedicatorias más tienes?

FLORA.- Tres más.

PEPA.- ¿Con todo lo gordote que es y lo tienes casi en blanco?

FLORA.- También tengo un dibujo.

OLALLA.- ¿De quién?

FLORA.- No pienso decírtelo.

PEPA.- ¿De quién, madre?

FELIPA.- No lo sé.

FLORA.- El administrador me lo llevará a Madrid, a casa de un compositor amigo de nuestro padre. Dilo tú, madre, que a mí no me creen.

FELIPA.- Haced un álbum también vosotras. Vuestro padre estará encantado de llevarlos a Madrid.

OLALLA.- El administrador no, seguro. Imaginaos al pobre con tres enormes libretos.

(FLORA enseña el álbum. Silencio.)

FELIPA.- A ensayar, que la función está muy verde y vendrán las Gómez del Bayo que son muy criticonas.

OLALLA.- Seguro que nos resulta un fiasco.

PEPA.- El próximo domingo es muy pronto. Debiste quedar para el siguiente.

FELIPA.- Las Gómez del Bayo querían este domingo. Con tal de que se fueran, les dije que sí a todo. Mira que hacernos una visita a las cuatro de la tarde con todo el calor.

FLORA.- Traían helados, madre.

PEPA.- ¡Es la quinta visita que nos hacen en sólo un mes!

FLORA.- Y nosotras también las hemos visitado a ellas cinco veces.

FELIPA.- Una visita de cumplido es una deuda que hay que pagar... y antes de ocho días. Es una regla de exquisita educación. Infeliz quien no cumpla con este rito; nos morderían todas las bocas, se enfriarían las relaciones y acabaríamos en una guerra a muerte con las Gómez del Bayo.

OLALLA.- Ayer tú estabas sin vestir, yo sin peinar...
qué prisas.

PEPA.- Vaya disgusto.

FELIPA.- La próxima vez te das más prisa, Pepa; fuiste
la última en presentarte en el salón.

PEPA.- Madre, estuvieron apenas media hora y todo el
tiempo fastidiándonos. **(Coge un espejo y se mira pelos
en el mentón.)**

FELIPA.- Pues por eso estaba deseando que se fueran.
Guardar las apariencias cuesta un mal rato. Olalla, venga,
empieza.

(OLALLA se prepara.)

PEPA.- Degollaré dos murciélagos, macho y hembra y
con la sangre aún caliente me untaré el mentón y encima
me pondré un papel de estraza chupado con vinagre fuerte
y estos pelos no volverán a aparecer.

FLORA.- ¿¡Qué dice!?

PEPA.- Una fórmula que aprendí para que no me salga
más pelo en la cara.

(Se escucha un ruido entre bambalinas.)

FELIPA.- ¿Qué ha sido eso? **(Mutis. Silencio.)**

OLALLA.- ¡Bandidos! Para tu álbum, Flora.

FLORA.- Te imaginas...

OLALLA.- Un bandido generoso que te rapte en su caballo. Qué ilusión.

PEPA.- A la finca de los marqueses de Mondéjar van a venir los bandidos. Tú estás más de la cabeza.

OLALLA.- Se escuchan muchos rumores, Pepa.

PEPA.- Eso. Rumores. Pero nunca pasa nada.

OLALLA.- ¿Y si pasa y nos coge desprevenidas?

(Entra FELIPA.)

FELIPA.- No ha sido nada.

FLORA.- Si anduviera alguien allí afuera, los perros ladrarían.

FELIPA.- Empecemos ya de una vez. Olalla...

(Todas cogen sus textos. Silencio.)

OLALLA.- ¿Por donde empiezo?

FELIPA.- Hija, por Dios, pareces tonta. ¡Por el principio!

OLALLA.- Pero si ya lo hicimos ayer y está bien.

PEPA.- El acto III, madre. Cuando Marsilla entra por la ventana.

(Pausa. FELIPA encuentra la página.)

FELIPA.- ¿Te lo sabes, Flora?

FLORA.- Sí. **(Deja el texto.)**

OLALLA.- Yo no mucho. **(Deja el texto.)**

PEPA.- ¡Los amantes de Teruel a escena!

FLORA.- Tú haces la ventana.

(PEPA deja el texto, se desplaza y abre los brazos simulando una ventana.)

PEPA.- ¿Así está bien?

FELIPA.- Sí. Flora, Olalla, ¡por favor!

(FLORA se coloca detrás de la "ventana". OLALLA dispone dos o tres sillas, se acomoda y dormita.)

FLORA.- **(Entrando por la ventana. Uno de los brazos de PEPA está muy alto, de modo que FLORA no puede entrar fácilmente.)** ¿Puedes bajar el brazo, por favor?

(PEPA lo baja.)

Marsilla: **(Entra. Desconoce el lugar.)** ¿Dónde me encuentro? ¿Podría ser esta de Isabel la estancia? Nada hay en ella de Isabel. ¡Qué miro! Una mujer... qué plácida descansa. No turbemos...

OLALLA.- Isabel: (**Abriendo los ojos**) ¡Ay Dios! ¡Un hombre! ¿Cielos...? ¿No es él? ¡Él es! Si vienen, si le hallaran... ¿Tendré valor de huir?

FLORA.- Marsilla: Mi pecho dice que Isabel está aquí.

(Mira a Isabel, la reconoce y se acerca a ella con los brazos abiertos: Isabel se desvía.)

¡Prenda adorada!

OLALLA.- Isabel: ¡Marsilla!

FLORA.- Marsilla: ¡Dulce bien!

OLALLA.- Isabel: Detente. ¿Cómo te atreves a poner aquí la planta? Si te han visto llegar... ¿A qué has venido?

FLORA.- Marsilla: Por Dios... que lo olvidé.

FELIPA.- ¡Así no! Con más sentimiento. Tú Flora, eres Marsilla, un hombre. ¡Más recio! Al entrar, mira a todos lados y luego habla. Y tú, Olalla, más... sin querer queriendo, ¿entiendes? Como me dejéis mal delante de las Gómez del Bayo... Otra vez, vamos.

(Repiten la escena incorporando las indicaciones. Habrá un notable cambio en el segundo pase. Cuando OLALLA dice: "¿Cómo te atreves a poner aquí la planta?", entran desde distintos puntos del escenario, al tiempo y armados hasta los dientes, VITORINA, MÁRGARO, BRUNO y CAPELLÁN, embozados. BRUNO quedará detrás de FELIPA, de modo que ésta no se entera que tiene a un bandolero detrás.)

MÁRGARO.- ¡Se acabó lo que se daba!

FELIPA.- ¡Cristo del Calvario! (**Silencio.**) ¡Fuera de mi casa! (Pausa.)

(FLORA **tirita como papel.** OLALLA es presa del **terror y la fascinación.** PEPA ha quedado suspendida en un extraño limbo.)

¡He dicho fuera! (**Se da media vuelta con la intención de hacer algo, pero cae en los brazos de BRUNO.**) ¡Aaahh!

(PEPA se desmaya y BRUNO **tapa la boca a FELIPA.** OLALLA **intenta socorrer a PEPA** y FLORA **intenta coger su álbum.**)

MÁRGARO.- (A OLALLA.) ¡Quieta!

VITORINA.- (A FLORA.) ¡Como te muevas, te rajo!

MÁRGARO.- Lástima, la señorita no ha debido de probar bocado.

BRUNO.- (Al oído de FELIPA.) Calladita, muy calladita que no me gusta el griterío. (**Quita su mano de la boca de FELIPA.**)

MÁRGARO.- (Cogiendo un texto y enseñándolo a OLALLA.) ¿Qué dice aquí?

OLALLA.- Los Amantes de Teruel...

MÁRGARO.- ¡Tonta ella y tonto él!

(**Risotada burda de MÁRGARO, VITORINA y BRUNO.**)

VITORINA.- (Cogiendo el álbum.) A ver este libraje.
(Lo abre.) ¿Qué dice aquí? (A FLORA.) ¡Lee! (FLORA
mira el álbum. Silencio.) ¡Lee!

FLORA.- "Como un tulipán mecido por el viento,
Tu bella figura ondea en mi pensamiento.
Miro las flores y entre todas un alhelí,
Te miro a ti y al punto caigo en el frenesí.
Para Flora, flor de delicado aroma."

VITORINA.- ¡Vaya mierda! (Coge el álbum y
arranca una hoja. FLORA se lleva las manos a la
cabeza y abre la boca, pero no emite sonido alguno.)

CAPELLÁN.- ¡Menos chanza, señores! ¡Tú!

BRUNO.- Colecciono zapatos, señoras, así que vayan
descalzándose.

(Se descalzan. Gesto de BRUNO a OLALLA para que
descalce a PEPA.)

CAPELLÁN.- ¡A saco con todo lo que brille!

(MÁRGARO mete objetos en un saco.)

El dinero, distinguida dama. (Silencio.) ¡El dinero!

(OLALLA indica un estante. VITORINA coge el
dinero.)

FELIPA.- ¡Imbécil!

BRUNO.- (A OLALLA.) Unas manos tan bellas no necesitan adornos. **(Le quita una sortija.)**

(Mohín de OLALLA.)

CAPELLÁN.- Por hoy basta con esto.

MÁRGARO.- Esperamos que os haya resultado placentera la "visita...".

VITORINA.- (A FLORA.) La próxima "visita", será para el día de tu cumpleaños **(Acercándose a FLORA y parodiando que huele su aroma.)**, Flora, flor de delicado aroma.

(El CAPELLÁN abre una Biblia y lee.)

CAPELLÁN.- "¡Ay de aquél que edifica su casa con injusticia, y sus pisos contra todo derecho; del que hace trabajar a su prójimo de balde, sin pagarle su salario. Tu padre sí comía y bebía, pero practicaba el derecho y la justicia, y todo le iba bien. ¿No es eso conocerme? -dice el Señor-. Pero tus ojos y tu corazón buscan tan solo tu propio interés, sangre inocente que derramar, explotación y violencia que ejercer."

Es la palabra del Señor.

BRUNO.- La próxima vez vendremos por vosotros. Estamos hartos de ver cómo recaudáis dinero entre los campesinos.

MÁRGARO.- Si alguna asoma la cabeza, le salto los sesos.

(Mutis de los bandoleros. OLALLA y FLORA abanicán a PEPA.)

FELIPA.- (Coge el crucifijo del Cristo del Calvario. Se arrodilla.) Postrada a tus pies, Cristo mío del Calvario, postrada ante tu imagen bendita, ¡juro ante ti, juro por todos los Santos de tu Corte Celestial, por mis antepasados, por esta noble casa, por mi honor y el de mis hijas, juro que haré todo lo que está de mi mano para vengar este ultraje sin nombre! No quedará piedra sobre piedra, no habrá covacha ni llano, no habrá recodo del Tajuña que no alcance mi venganza terrible y la ira de mi esposo, el marqués de Mondéjar. No viviré en paz hasta veros ahorcados y descuartizados y expuestos en los caminos de toda la Alcarria para escarmiento de desalmados y asesinos que osan invocar tu nombre para justificar destinos y fechorías. ¡Malditos! ¡Cobardes gañanes que habéis mancillado esta casa cuando estábamos solas, en ausencia de mi esposo! ¡Villanos! ¡Perros! ¡Os ahogaré en la ciénaga! ¡Cristo mío del Calvario! ¡Venganza! ¡Venganza!

(Telón, música y cambio.)

4.- Registro en Valdilecha

La acción en la corbata del escenario. El telón está cerrado. En off, relinchos y sonidos de caballos. A la izquierda, un bastidor que tiene dibujado un olivo viejo y robusto. Una piedra junto al bastidor. Entra el teniente GARMENDIA, sofocado por el calor, muy cansado y el cuerpo adolorido por el largo viaje a caballo. Se sienta en la piedra, coge la bota y bebe un

largo trago. Entre bambalinas se escucha la voz del cabo MARTÍNEZ. "¡So!, ¡so!". Entra el cabo MARTÍNEZ, muy cansado y se desploma en el suelo. Ambos llevan mosquetones. GARMENDIA bebe un segundo trago. MARTÍNEZ pide la bota con la mirada. GARMENDIA le pasa la bota. MARTÍNEZ bebe.

GARMENDIA.- (Cortando rajas de chorizo y cachos de pan con una navaja. Mira a MARTÍNEZ cuyo trago es demasiado largo.) Entra bien el vinillo, eh..., Martínez.

CABO.- Sí, mi teniente.

GARMENDIA.- Como sigas dándole, llegarás durmiendo a Valdilecha.

CABO.- No, mi teniente. **(Saca de su morral una cebolleta.)** Tengo cebolleta, mi teniente. ¿Quiere?

GARMENDIA.- (Cogiendo la cebolleta.) Trae. **(La huele.)**

CABO.- Muy buena la cebolleta, mi teniente. De la vega de Morata.

GARMENDIA.- Está un poco chuchurría. **(Le devuelve la cebolleta.)** Cómetela tú.

CABO.- A la orden, mi teniente. **(Come la cebolleta. Silencio.)** Me la dio mi novia.

GARMENDIA.- ¿Cuándo?

CABO.- Hace cinco días.

GARMENDIA.- Joder.

CABO.- Le prometí comérmela, mi teniente.

GARMENDIA.- Pero bueno...

CABO.- Me la dio con mucho cariño.

GARMENDIA.- Ea. ¿Es de Morata tu novia?

CABO.- Sí, mi teniente. Allí tengo la querencia.

GARMENDIA.- ¿Pero no eres tú de Mondéjar?

CABO.- Sí, mi teniente. Nacido, criado y malgrado en Mondéjar.

GARMENDIA.- ¿Y vas de Mondéjar a Morata a ver a tu novia?

CABO.- Y luego vuelvo a Mondéjar, mi teniente.

GARMENDIA.- Tiene mérito lo tuyo..., sí, sí.

CABO.- Como aquél que dice...: "dos melones tiran más que una yunta de bueyes".

GARMENDIA.- Y si no que te lo pregunten a ti, ¿verdad?

CABO.- Muy verdad, mi teniente.

GARMENDIA.- ¿Qué se dice por Mondéjar?

CABO.- Está todo revuelto, mi teniente. La marquesa se ha vuelto medio loca de rabia. La han visto de noche en el pueblo, sola y maldiciendo al bandolero de la Biblia. Dicen que parecía un basilisco, como si echara fuego por los ojos y cada maldición era como un escupitajo venenoso.

GARMENDIA.- Ese bandolero ha picado más alto de lo que debía.

CABO.- Dicen que adormeció a los perros de los marqueses con sólo mirarlos a los ojos.

GARMENDIA.- Mi capitán Bermejo recibió la orden de investigar a fondo el asunto desde el despacho del propio ministro.

CABO.- Sí, mi teniente. Al día siguiente del asalto, el marqués se presentó en Madrid y entregó personalmente un escrito en las altas esferas del gobierno. Pero los

campesinos de Mondéjar están muy contentos. Dicen que los marqueses se lo han ganado a pulso porque son unos chupa sangre.

GARMENDIA.- Quien quiera que sea el bandolero de la Biblia, tiene sus días contados. Hay que investigar con mucha cautela, Martínez. Aún no tenemos pruebas de su identidad. Esa es nuestra misión: encontrar pruebas.

CABO.- Muy difícil la misión, mi teniente.

GARMENDIA.- Por eso está al mando mi capitán Bermejo, ¿qué te crees? Sus órdenes para los cuatro cuarteles de la carretera de Castellón son muy precisas. Precisión es el lema de mi capitán. ¿Entiendes, Martínez?: precisión. El cuartel de Vaciamadrid investiga a un tal Silverio de Ambite, el de Chinchón cumple misión en Villaconejos donde hay uno que se llama Márgaro... ¡más le vale ponerse a plantar melones!, el cuartel de Villarejo ha enfilado rumbo hasta Carabaña. Allí sí que los números lo tendrán crudo.

CABO.- ¿Más que nosotros, mi teniente?

GARMENDIA.- Mucho más. Menudo elemento el Raspeño ese. El pueblo le adora.

CABO.- ¿Los principales también?

GARMENDIA.- ¿Tú eres tonto, Martínez, o qué?

CABO.- No, mi teniente.

GARMENDIA.- Los bandoleros son queridos por los pobres porque roban a los ricos. ¿Tengo que ser más preciso, Martínez?

CABO.- No, mi teniente.

GARMENDIA.- En Carabaña la gente no soltará prenda.

CABO.- ¿Y en Valdilecha, mi teniente?

GARMENDIA.- ¿Y yo qué sé? **(Silencio.)** Los del cuartel de Perales hemos tenido suerte, aunque nunca se sabe. Nuestro objetivo es el ex-alcalde del pueblo.

CABO.- ¡No!

GARMENDIA.- ¿No, qué?

CABO.- No lo sabía, mi teniente.

GARMENDIA.- ¿Y en qué estabas pensando cuando lo dijo mi capitán Bermejo? No lo digas: en tu morateña. Hay que aguzar el oído, Martínez. En cuanto llegemos a Valdilecha, cuatro ojos, cuatro orejas y el pico cerrado a cal y canto, si no quieres que entierren junto al Tajuña. ¡¿Se ha enterado, cabo Martínez?!

CABO.- **(Poniéndose de pié.)** ¡Sí, mi teniente! **(Silencio.)** ¿Puedo hacer una pregunta precisa, mi teniente?

GARMENDIA.- Hágala.

CABO.- ¿Por qué en Carabaña los números lo tendrán más difícil que nosotros?

GARMENDIA.- Buena pregunta, Martínez. Porque en Carabaña, el pueblo adora al Raspeño, pero en Valdilecha, el Capellán tiene muchos enemigos. Allí nos será más fácil obtener información.

CABO.- ¿Muchos enemigos en Valdilecha? ¿Es que roba a cuanto cristiano se le pone por delante?

GARMENDIA.- No sabemos si roba o no. Pero es el principal sospechoso. Fue seminarista, por eso el mote de Capellán.

CABO.- Alcalde, cura y bandolero. Joder, mi teniente.

GARMENDIA.- Y labrador, con tierras en propiedad y muy principal del pueblo.

CABO.- No creo que sea ladrón, mi teniente. Si es principal y tiene dinero, ¿cómo va a andar por ahí haciendo hechuras?

GARMENDIA.- Los caminos de Dios son muy retorcidos, Martínez.

CABO.- Será, mi teniente... Eso de que fue cura y la Biblia..., tiene relación precisa.

GARMENDIA.- Afirmativo.

CABO.- Si el bandolero de la Biblia se escondiera en Mondéjar, lo tendríamos más difícil que cogerle el culo a un ánima.

GARMENDIA.- Deje en paz a los muertos, cabo. Por aquí hay que enterarse de las cosas sin preguntarlas. ¿Cómo reza la lección, Martínez?

CABO.- "Saber todas las cosas mirando las miradas", mi teniente.

GARMENDIA.- Buen chico. Por aquí el campesino es reservado, socarrón y muy desconfiado; esa es su mayor defensa. ¿Lo ha entendido?

CABO.- ¿Cómo no lo voy a entender, mi teniente? Si yo soy de aquí, del campo.

GARMENDIA.- Pues yo no. Soy del norte. Hijo de vasco y gallega.

CABO.- ¿Cómo es que ha venido desde tan lejos, mi teniente?

GARMENDIA.- Cosas del destino. Serví como soldado en el batallón de infantería que se sublevó en Villarejo a las órdenes del General Prim. ¿Te acuerdas?

CABO.- ¿Cómo no me voy a acordar, mi teniente?

GARMENDIA.- Luego pedí traslado a la Guardia Civil; me lo concedieron por comportamiento heroico y el

propio General Prim me dio el ingreso con el grado de cabo.

CABO.- Enhorabuena, mi teniente.

GARMENDIA.- En Galicia, los bandoleros no tienen apoyo popular. Aquí sí. Confieso que admiro a estos bandoleros que desdeñan la ley, el peligro y la muerte.

CABO.- ¿Admira a los ladrones, mi teniente?

GARMENDIA.- Sí, Martínez. Tienen para mí una extraña fascinación moral. No todos los bandoleros son violentos o asesinos. El de la Biblia no disparó un solo tiro ni ofendió a la marquesa. Limpió la finca elegantemente. ¿Qué te parece, Martínez?

CABO.- Ea, mi teniente.

GARMENDIA.- Los bandoleros son un resultado del malestar de los campesinos. No se te olvide, Martínez. ¿En marcha!

(Apagón. Sale bastidor del olivo y piedra. En off, relinchos y sonido de caballos. Al tiempo que inicia un corto intervalo musical, se ilumina el costado derecho de la corbata donde ya estará puesto el bastidor utilizado en el episodio 2: puerta de la posada con la inscripción, "Parador de César". Terminado el intervalo musical, se ilumina toda la corbata y desde el costado izquierdo, entran GARMENDIA y MARTÍNEZ. Silencio. Avanzan hasta la puerta.)

¿¿Quién vive!?

(ROMANA sale, asustada, desde detrás de la puerta.)

ROMANA.- ¡Dios mío! ¿Qué sucede?

GARMENDIA.- Nada en absoluto.

ROMANA.- ¿A qué viene ese grito entonces?

GARMENDIA.- ¿Es esta la casa de Juan Almazán del Pozo, apodado el Capellán?

ROMANA.- Pero bueno. Ya veo que sois guardias civiles; pero, ¿Ud. quién es?, ¿algún amigo íntimo de mi esposo? No creo porque yo no lo he visto en mi vida, así que vamos a dejar las confianzas para otra ocasión: se guarda Ud. donde quiera lo del apodo. Esa es la casa de Don Juan Almazán del Pozo y yo soy Romana, su mujer. Diga Ud. lo que tenga que decir. No tengo mucho tiempo y ha venido Ud. en mal momento.

GARMENDIA.- Al grano entonces, que nuestro tiempo también cuenta. Teniente Garmendia para servirla. (Se cuadra.) Le ruego a Ud., haga el favor de permitirnos registrar su casa.

ROMANA.- ¿Qué me dice? Ud. aquí no entra ni por la gracia de Dios.

GARMENDIA.- No tiene nada que temer, Doña Romana. Es simple rutina.

ROMANA.- Antes muerta que dejarles pasar.

GARMENDIA.- Sea Ud. razonable, señora.

ROMANA.- ¿Registrar? ¿Pero está Ud. bien de la cabeza? Esta es una casa decente.

GARMENDIA.- (Sacando una orden de registro.) Tengo autoridad para entrar por la fuerza.

ROMANA.- ¡Ud. no pisará esta casa!

GARMENDIA.- Está obstruyendo la justicia.

ROMANA.- Escuchadme bien los dos. Si deciden entrar por la fuerza esperaré a que salgan y prenderé fuego a la casa.

GARMENDIA.- ¡Cabo Martínez!

ROMANA.- Y después a la Iglesia y al Ayuntamiento y al pueblo entero.

GARMENDIA.- ¡Es Ud. una mujer!

ROMANA.- Respéteme entonces. En esta casa no tenemos nada que ocultar. Tiene mi palabra de que no escondemos nada entre estas cuatro paredes.

GARMENDIA.- La acepto.

(Entra el CAPELLÁN, con paso seguro, desde el fondo de la sala.)

No compliquemos más las cosas. ¿Cuándo podemos ver a Don Juan?

ROMANA.- Aquí le tenéis.

(MARTÍNEZ apunta al CAPELLÁN, mientras este va subiendo al escenario.)

CAPELLÁN.- ¿Qué jaleo es este? Apunte hacia otro lado que las armas las carga el diablo.

CABO.- Esta la cargo yo.

GARMENDIA.- ¡Martínez!

(MARTÍNEZ baja el arma.)

CAPELLÁN.- ¿Qué jaleo es este?

ROMANA.- Traen una orden de registro.

CAPELLÁN.- Preséntense.

GARMENDIA.- Teniente Garmendia. **(Se cuadra. Le pasa la orden de registro. El CAPELLÁN la lee.)**

CAPELLÁN.- ¿A qué cuartel pertenece, teniente?

GARMENDIA.- Al de Perales, señor.

CAPELLÁN.- ¿Qué espera encontrar aquí?

GARMENDIA.- No lo sé, señor.

CAPELLÁN.- ¿Por qué mi casa, teniente?

GARMENDIA.- Cumplo órdenes precisas, señor.

CAPELLÁN.- ¿Quiénes son sus superiores, teniente?

GARMENDIA.- ¿Por qué me lo pregunta, señor?

CAPELLÁN.- Tal vez conozca alguno.

GARMENDIA.- No lo creo, señor.

CAPELLÁN.- ¿Cómo lo sabe?

GARMENDIA.- He dicho, "no lo creo", señor. No que lo sé. Tenemos que proceder, señor.

CAPELLÁN.- Por supuesto. Cumpla Ud. con su deber. Jamás se le debe poner trabas a la justicia.

GARMENDIA.- Sobre todo si anda tan confundida.

CAPELLÁN.- ¿Anda confundida la justicia?

GARMENDIA.- ¿No lo cree Ud., señor?

CAPELLÁN.- ¿Cómo dijo que se llama, teniente?

GARMENDIA.- Garmendia, Nicolás Garmendia, para servirle en todo lo que pueda, señor.

CAPELLÁN.- Romana, sirve vino, queso y aceitunas para los señores guardias.

GARMENDIA.- Estamos de servicio.

CAPELLÁN.- Por eso os convido.

ROMANA.- Será después del registro..., digo yo.

CAPELLÁN.- Cuando les apetezca. Señores, cuando quieran.

ROMANA.- Mi casa la registran, pero conmigo delante.

CAPELLÁN.- ¿Les importa?

ROMANA.- ¡Faltaría! Las botas...

(GARMENDIA y MARTÍNEZ, se miran las botas.)

¡Limpiaros las botas!

(GARMENDIA y MARTÍNEZ se limpian las botas en el borde del escenario. Mutis de ROMANA, GARMENDIA y MARTÍNEZ. Apagón. Sale bastidor del "Parador de César". Un foco ilumina al CAPELLÁN que quedará de pié, al costado izquierdo de la corbata, mientras se escucha corto intervalo musical. Se abre el telón y el foco que ilumina al CAPELLÁN va bajando en lento fado down hasta black out total.)

5. La Cueva del Ojo del Fraile

Interior de la Cueva del Ojo del Fraile, sitio real en el término de Morata. Las paredes presentan las

características de la tierra de la zona: cualquier hilo de agua dibuja surcos con facilidad, como si de barro se tratase. En algún sitio de la escena se proyectará la figura de un fraile encapuchado, efecto que reproducirá un fenómeno natural que ocurre en la cueva durante las tardes de julio. El CAPELLÁN, sentado sobre una piedra, come nueces. MÁRGARO afila navajas. BRUNO cabecea. ISIDORA clasifica los objetos robados a los marqueses.

CAPELLÁN.- ¿Qué tal tu abuela, Isidora?

ISIDORA.- Muy mal.

CAPELLÁN.- ¿Tanto?

ISIDORA.- Que ya está muy vieja.

CAPELLÁN.- Todos nos hacemos viejos.

ISIDORA.- Yo no.

CAPELLÁN.- Guasona.

ISIDORA.- Yo no moriré nunca.

CAPELLÁN.- Claro, ni yo.

ISIDORA.- Entonces ya somos dos.

CAPELLÁN.- Dile a tu abuela que pasaré a verla.

ISIDORA.- No tengas prisa.

CAPELLÁN.- ¿Por qué?

ISIDORA.- Somos inmortales y tenemos tiempo. Tú, ayúdame. Verás como no te aburres.

BRUNO.- ¿Aburrido yo? Estoy pensando.

ISIDORA.- A trabajar, ven ga.

BRUNO.- El trabajo no es más que un invento para no aburrirse; por tanto no puede aplicarse a mí ya que nunca he conocido el aburrimiento.

ISIDORA.- Qué ingenio tiene el morateño.

MÁRGARO.- Me gusta darles brillo y aguzarles el filo, nada más que porque son viejos amigos y han pasado conmigo muchos trances apurados. A este le llamo, "Rosetón", certero para asuntos de noche que requieren secreto o para abrazos muy estrechos y repentinos. Este otro prefiere fiestas más alborotadas, pero también sabe ser discreto y cauteloso, si la ocasión lo pide; se llama, "Altanero".

CAPELLÁN.- Guárdate esos pensamientos, Márgaro, que en esta cuadrilla no tienen cabida.

MÁRGARO.- Pues ya es hora que tengan cabida, Don Capellán. Tanto remilgo no me va.

BRUNO.- **(Incorporándose.)** Pues ya sabes, Márgaro.

MÁRGARO.- Claro que lo sé, Morateño, que el negocio en que andamos es el robo, el asalto y el pillaje, **(Cogiendo una navaja.)** y todos saben que estas son menudencias del negocio. Pero no todo para los pobrecitos que no agradecen nada, ¡me cago en todo! ¿O no, Don Capellán?

ISIDORA.- Tranquilo. **(Tira un pantalón a MÁRGARO.)** Ese pantalón para ti. Habrá que transformarlo.

MÁRGARO.- **(Acido, canturrea.)** Morateña remendona..., morateña remendona.

(Entra VITORINA con una palangana. Se moja la cara y el cuello. MÁRGARO la mira lascivamente. VITORINA tira intencionadamente el agua a los pies de MÁRGARO.)

¡Zorra!

(VITORINA, **rápida como una felina, coge a MÁRGARO y le pone una navaja en el cuello.**)

VITORINA.- ¡Tu padre!

CAPELLÁN.- ¡Vitorina!

VITORINA.- ¡Arrodíllate!

(MÁRGARO **lo hace.**)

Ningún hombre me falta a mí el respeto. Métele en la poca sesera que tienes. (**Cogiéndole del pelo y echándole la cabeza hacia atrás bruscamente.**) A ti te uso cuando me da la gana.

(**Le empuja despectivamente. MÁRGARO cae al suelo.**)

MÁRGARO.- ¡Yegua brava!

VITORINA.- Capellán, vamos al grano de una vez.

ISIDORA.- No te impacientes, Vitorina.

VITORINA.- Sí me impaciento porque no nos queda tiempo. Deprisa, quiero que mi vida pase muy deprisa, como el viento o como la muerte que no se ve.

ISIDORA.- Hay registros en todas partes.

VITORINA.- ¿Cómo se hará el reparto, Capellán?

CAPELLÁN.- Con justicia.

VITORINA.- ¿Qué justicia es esa?

CAPELLÁN.- Coged la ropa que necesitéis. El resto lo harás llegar a manos del Prior de la ermita Virgen de la Antigua. Nos quedaremos con una pequeña parte. El Prior sabrá cómo repartir lo que haya entre sus pobres.

VITORINA.- ¿Y yo qué, Capellán? ¿Es justo que tenga que robar para poder vivir?, ¿qué ande por los caminos de Dios sin más compañeros que la muerte, la soledad y mi caballo?, ¿es justo que no tenga una recompensa?

CAPELLÁN.- No robamos, Vitorina; distribuimos la riqueza por la fuerza ya que la razón no puede. No es este tu sitio, Vitorina.

VITORINA.- ¿Cuál es mi sitio? Ninguno. Nunca debí haber nacido, por eso quiero que mi vida pase rauda y veloz, invisible, que no quede rastro alguno de mi desgracia, de mi triste vida de mujer que huyó al monte y se hizo bandolera por culpa de un desengaño. Que mi perdición y mi desgracia desaparezcan en la noche del tiempo. Que se pierda pronto mi recuerdo. No puede ser bueno este sentimiento exagerado de horror y odio a los hombres. Perdona, Señor, este exceso. Pero lo que siento no es de este mundo.

(ISIDORA la abraza.)

ISIDORA.- Todos llevamos una cruz, Vitorina. Si te sirve de consuelo, contempla la mía. Me quejé de las condiciones de trabajo y al día siguiente estaba en la calle. Me uní a vosotros para vengarme de esta injusticia, para defender mi dignidad. Nos ha tocado la peor parte en este desconcierto. Mírame a mí: una mujer hecha y derecha, curtida en el trabajo, condenada por el destino a dar tumbos, a aventurarme por caminos dudosos, sola. Qué pena, Virgen Santa, ser de tan buen metal y tener tan mal sonido. ¿Qué signífico yo?, ¿a quién le importo?, ¿alguien me lo puede decir?, ¿alguien espera algo de mí?, ¿alguna cosa más? ¿No he cumplido toda mi vida sin rezongar? ¿No cumplí con mi trabajo rectamente, voto al cielo? ¿Qué

más tengo que hacer? ¿Dejarme consumir con resignación, como una mártir? Si nadie contó nunca conmigo para nada, maldita sea, si nadie me pregunta qué quiero y qué no quiero, si tan solo obedezco, mande quien mande, y siempre manda alguno, Don Capellán o Don padre o Don Presidente o Don Rey o Don Dios o Don mierda, y yo entonces, maldita sea, ¿qué hago aquí? ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Tengo que desdoblarme para que alguien me diga qué más se espera de mí?

(MÁRGARO clava una daga en el suelo.)

CAPELLÁN.- ¡Bruno!

(BRUNO coge un mapa y lo extiende al centro del escenario.)

Continuaremos según lo planeado. El que tenga un problema, que lo diga ahora.

MÁRGARO.- ¿Qué problema va a haber? Nada más que seguimos igual, Don Capellán.

BRUNO.- Esas son las condiciones, Márgaro. Tendrás para ti y tú también, Vitorina.

VITORINA.- Ya veremos...

MÁRGARO.- ¿Cuál es el plan?

CAPELLÁN.- Esperaremos a la diligencia al amanecer, en la cuesta de Perales a Arganda.

ISIDORA.- ¿Por qué tenemos que asaltar la diligencia ahora?

VITORINA.- Porque es una oportunidad que no podemos desaprovechar. Hay prisa.

BRUNO.- Y cuidado. Los civiles estrechan el cerco.

CAPELLÁN.- En mitad de la cuesta, a ambos lados del camino, hay buen sitio para esconderse; allí estarán Vitorina y Márgaro. La diligencia sale de Perales a las 5 y desde allí la seguirá Bruno. Isidora y yo la detendremos.

MÁRGARO.- ¿Y la escolta?

BRUNO.- No lleva. Ya me enteré.

CAPELLÁN.- Bruno cubrirá la retirada.

VITORINA.- ¿A qué hora nos vemos?

CAPELLÁN.- A ninguna. Cada cual se las arregle para estar en la cuesta dentro de cinco días. Desde ahora mismo no nos conocemos. Después del asalto la banda queda disuelta hasta que se apacigüen las cosas.

VITORINA.- ¿Quién se llevará el botín?

CAPELLÁN.- Una parte, Isidora, que ya sabe lo que tiene que hacer. Bruno y yo iremos a Madrid a vender las joyas de los marqueses y lo que saquemos de la diligencia. Nos veremos a la vuelta. Isidora os dirá donde. ¿Estamos?
(Silencio.)

MÁRGARO.- Estamos y no estamos, Don Capellán. Vitorina y yo te hemos seguido siempre...

VITORINA.- Habla por ti, que yo tengo boca.

MÁRGARO.- Habla claro entonces. ¿Vas a continuar así?

VITORINA.- Asaltaré la diligencia. Luego ya veremos.

MÁRGARO.- Yo también estaré en la cuesta de Perales, Don Capellán. Luego Dios dirá.

CAPELLÁN.- Dios siempre tiene la última palabra.

MÁRGARO.- ¿Quiénes van en la diligencia?

BRUNO.- Un embajador, su mujer y dos principales de Chinchón.

VITORINA.- ¿Sin escolta?

BRUNO.- El ejército y los civiles tienen preocupaciones mayores.

(VITORINA se encucilla, ausente y pensativa.)

CAPELLÁN.- No quiero que te acerques a los pasajeros, Márgaro.

MÁRGARO.- Eres demasiado blando, Capellán. No se puede permitir que vayan de señoritos y con la bolsa vacía, que escondan las cosas entre los almohadones, no permito que se burlen de nosotros. Eso es actuar de mala fe, Capellán.

CAPELLÁN.- Lo dicho. No te acercarás a la diligencia.

MÁRGARO.- Tú, di algo, que pareces gallina clueca.

VITORINA.- ¡Bórrate de mi vista! (**En off relincho de caballo. Se pone de pié.**) ¡Ya voy, compañero. Desde hoy seremos parte de un todo indivisible!

(Mutis. Apagón. Música y cambio.)

6. La foto en Madrid

El escenario está dividido en dos espacios. El sitio izquierdo es la sala de espera del estudio fotográfico DEBAS, donde el CAPELLÁN y BRUNO esperan su turno. La zona derecha, en penumbra, pero con dos bastidores al borde de la boca del escenario; estos representan una pared donde cuelga un cartel que reza: "Estudio fotográfico Debas - Madrid". Entre bambalinas, un voceador de periódicos: "¡El periódico

con el crimen de hoy!, ¡compre el periódico! ¡El crimen de hoy! ¡El crimen de hoy!". BRUNO lee un periódico.

BRUNO.- (Deja el periódico.) ¡Cómo grita ese cristiano! No puedo leer. **(Silencio.)**

CAPELLÁN.- Madrid es una ciudad muy bulliciosa. **(Saca un reloj de cadenilla.)** Llevamos 20 minutos esperando. Cómo tarda el fotógrafo. **(Silencio.)** ¿Qué dice el periódico?

BRUNO.- ... Los campesinos de Pastrana..., que han colgado de un ciruelo al alcalde, han metido al secretario en una tinaja y han prendido fuego a una era...

CAPELLÁN.- ¡Qué desatino!

BRUNO.- ¿¡Qué habrá hecho el alcalde!?

CAPELLÁN.- Eso no se puede permitir.

(BRUNO de pié, se acicala.)

A este paso no habrá foto, Bruno.

BRUNO.- Lo dirás tú, que yo de aquí no me muevo. Nunca me he retratado. "Pues esta vez será la primera", es lo que has dicho. "Los verdaderos amigos deben retratarse... para la posteridad". ¿No has dicho eso también? Nada, a esperar y ya está.

CAPELLÁN.- Bueno... si para hacernos el retrato se toma el mismo tiempo que llevamos esperándole, estamos apañados. El "Bizco" pidió puntualidad. Dijo bien claro "antes de comer".

BRUNO.- Encima. De ese no me fío ni de lo que reza.

CAPELLÁN.- Quiero deshacerme del género ya. Antes lo vendemos antes acabamos.

BRUNO.- ¿Veremos luego a tu amigo el jesuita?

CAPELLÁN.- Padre Llano, Bruno. Sí le veré, pero solo. Me hace bien escuchar sus palabras. Es un cura consciente de la miseria por eso es piadoso y sabe perdonar. Ve lo que hago con benevolencia y lo consiente, Bruno. ¿Lo entiendes?

BRUNO.- Amigo mío, yo no necesito la palabra de nadie para saber que lo que hacemos es justo.

CAPELLÁN.- Bien sabes que yo tampoco; no para de darme vueltas en la cabeza la carta de esos tres desgraciados que me piden entrar en la banda. Quiero escuchar la opinión del padre Llano.

BRUNO.- Lo que yo quiero es saber cómo se han enterado de lo nuestro.

CAPELLÁN.- No lo saben de seguro. La carta dice: "si Ud. es el que roba a los ricos para dárnoslo a nosotros los pobres...".

BRUNO.- De pronto, Márgaro y Vitorina se marchan, seguro. Habrá que abrir cupo, digo yo. Pero después de un tiempo largo. Nunca se habían puesto las cosas así de mal.

CAPELLÁN.- Ya lo sé. Me han escrito con mucho sentimiento... y con vergüenza. Dicen que la carta me la escriben porque yo soy muy bueno y generoso. ¿Crees que dicen la verdad, Bruno?

BRUNO.- ¿Por qué van a mentir tres gañanes locos, sin hogar, ni perro que les ladre, ni sitio donde caerse muertos? Lo malo es que no dicen quiénes son. Y eso no me gusta.

CAPELLÁN.- Hacen bien. ¿Si yo no fuera quien ellos creen...? Que se ven muy apurados, que se han echado al monte no por culpa de ellos sino del pícaro gobierno, que haga el favor de dejarlos entrar en la banda, que lo haga por Dios y todos los santos si no lo quiero hacer por ellos, que yo soy muy bueno y caritativo y que esperan buen resultado y que siempre me van a defender. ¿De dónde serán estos?

BRUNO.- No me fío.

CAPELLÁN.- ¿Por qué eres tan desconfiado, Bruno?

BRUNO.- Porque tú eres muy bueno, Capellán.

(Los dos bastidores del lado derecho del escenario son movidos hacia el fondo y uno es dado vuelta por DEBAS, el fotógrafo. Dicho bastidor representa una parte del interior del estudio. Al tiempo se ilumina la zona derecha del escenario y DEBAS asoma la cabeza en la sala de espera.)

DEBAS.- ¡Voilà, monsieur, monsieur! Adelante.

(CAPELLÁN y BRUNO pasan a la zona derecha quedando la zona izquierda black out total.)

CAPELLÁN.- ¡Ya era hora!

DEBAS.- **(Dando vuelta el otro bastidor, con lo cual quedará representado el estudio completo.)** Estoy solo, monsieur. El servicio está imposible. Una semana me duró la ayudanta que tenía. Inútil como una piedra, la pobre, rompía todo, zafia, ordinaria..., recién llegada del pueblo. Nada, ¡a la calle! Dense Uds. un retoque a gusto en el tocador, mientras yo preparo los fondos. ¿Qué prefieren: paisaje, salones, marinas o algo de tipo militar?

(Silencio. CAPELLÁN y BRUNO se miran.)

¡Oh, my God!, cuánta indecisión de los señores. ¿Ven vuestras mercedes? Tanta prisa para nada.

BRUNO.- Paisaje, venta.

(DEBAS coloca un fondo de paisaje y prepara la máquina de fotos...)

DEBAS.- ¿No estarán enfadados, los caballeros? Lo juro, no es por mi culpa. A mi mujer le pasa lo mismo. Está hasta la coronilla de sufrir las exigencias de las domésticas, cada vez más insufribles, al punto que hemos puesto un anuncio de criada que sepa tocar algún instrumento o cantar, que tenga modales finos, que sepa hacer crochet. Vamos, una criada para la casa y mi estudio, que sepa atender convenientemente a nuestras visitas y a los clientes de vuestra condición, for example. Mi mujer quiere una criada sólo para esos menesteres, porque la cocina, el fregado, barrer y hacer las camas, ha decidido ¡hacerlo ella! ¿Habéis traído corbata?

(Silencio. CAPELLÁN saca su reloj y mira la hora.)

Una corbata de caza, con figura de cascada vendría muy bien para fondo de paisaje. La corbata en pecho masculino no es lo que los ojos en rostro de doncella. Vamos a ver, tengo algunas corbatas que os pueden valer... vosotros sois hombres de mundo..., ¿o me equivoco? Ya sé cuáles..., sabréis lucirlas artísticamente y os hará el semblante más fresco, seguro. Ahora vuelvo.

CAPELLÁN.- ¡Háganos Ud. el retrato de una vez y las corbatas guárdese las para otra ocasión!

DEBAS.- Presto. Immediately. **(Con un gesto les invita a ponerse delante de la cámara.)** Please.

(CAPELLÁN y BRUNO posan.)

Aspecto más señorial, s'il vous plait... Va... **(Dispara la foto.)** ¡Viola! La próxima semana podéis pasar a recogerla.

BRUNO.- ¿Qué dice?

DEBAS.- ¿I beg your pardon?

CAPELLÁN.- ... Mañana al mediodía nos vamos de Madrid. Si no puede tenerla, quédese la Ud.

DEBAS.- Uuh, la, la... Que no son de Madrid. Haberlo dicho antes. En ese caso haré una excepción por tratarse de vosotros... Os saldrá a little más caro.

BRUNO.- ¿Salitre más caro?

DEBAS.- No, no. Digo que os saldrá un poquitín más caro... Servicio express... ¿understand?

BRUNO.- ¿... Antes dan...? ¿¡Antes dan qué, a ver!?

CAPELLÁN.- ¡Pardiez! Vámonos. Mañana a las 12 estaremos aquí como un clavo.

(CAPELLÁN y BRUNO salen, cruzan la sala de espera y mutis por la izquierda.)

DEBAS.- **(A público.)** Qué rudos y ásperos. De pueblo tenían que ser.

(Mutis y apagón de zona derecha. En lento fade up, se va iluminando todo el escenario. A continuación, los siguientes movimientos de bastidores al tiempo: bastidor 4 se mueve hacia el borde del escenario, DEBAS mueve bastidor 3 al borde del escenario, da la vuelta y también el 4; CAPELLÁN da vuelta bastidor 1, BRUNO el 2 y mueven ambos hacia el borde del escenario. Las caras que dan a público, de bastidores 1 y 2, representan la continuación de la pared dibujada en bastidor 3 y 4, pero con una puerta y un cartel que

dice: Fonda Quinta del Gato. Junto a la puerta, habrá un cartel; es una "Instrucción del Gobierno de la Nación". CAPELLÁN y BRUNO, entran desde la izquierda.)

BRUNO.- Mira, fonda "Quinta del Gato".

(CAPELLÁN se detiene y BRUNO avanza hasta quedar junto al CAPELLÁN.)

Aquí nos hospedaremos esta noche.

CAPELLÁN.- No le veo muy buena pinta. Después de comer, mientras yo estoy con el padre Llano, vienes y le echas una buena ojeada.

BRUNO.- Bien.

CAPELLÁN.- Con lo pringoso que tú eres no me hará gracia ninguna marcharnos a media noche.

BRUNO.- Luego iré a ver una pelea de gallos..., si encuentro alguna.

CAPELLÁN.- Vaya idea.

BRUNO.- Sé que no te gusta. Lo siento, Capellán, pero tú eres tú y yo soy yo.

CAPELLÁN.- Hay mil formas de matar el tiempo, pero en este bárbaro país, para que valgan, tiene que haber sufrimiento.

BRUNO.- Ea. Provengo de tierra de toros. Me gusta el combate porque soy guerrero... y tú también, Capellán.

CAPELLÁN.- Somos soldados de Dios, Bruno. No lo olvides nunca. Date un garbeo por la plaza Mayor; si tienes suerte, oirás la historia de Luis Candelas cantada

por un ciego coplero... De paso, le compras algo a Saturnina.

BRUNO.- Pues sí.

CAPELLÁN.- Esa mujer te quiere, y eso... eso no es poco, amigo.

BRUNO.- Le compraré una pulsera.

CAPELLÁN.- O un collar.

BRUNO.- ¿Tendrá alguno?

CAPELLÁN.- ¿Y yo qué sé?

BRUNO.- Dime tú lo que le regalo.

CAPELLÁN.- Pero bueno...

BRUNO.- Si fuera tu novia...

CAPELLÁN.- Ya me lo pensaría.

BRUNO.- Hazte a la idea.

CAPELLÁN.- ¡Un abanico! Un abanico con las varillas de nácar pintado en varios colores.

BRUNO.- ¿Con flores?

CAPELLÁN.- Eso, con muchas flores.

BRUNO.- Vamos pues. **(Mira el cartel.)** ¿Y esto?

(Ambos miran un instante el cartel. El CAPELLÁN lo arranca de un manotazo.)

CAPELLÁN.- **(Leyendo.)**

Instrucción
Que el Gobierno de la Nación

Ha mandado expedir y observar
Para la aprehensión, y persecución
Del ladrón, vago y malhechor,
Apodado el Capellán
En toda la rivera del río Tajuña
Encargada a D. Antonio Bermejo, Capitán agregado
Al
Regimiento de Caballería de Alcala de Henares
De Orden del Gobierno de la Nación.

(En Madrid, en la Imprenta de Pantaleón Aznar, y
Compañía.

Año de MDCCCLXXIV).

Llegó la hora.

**(Música. Silencio. Telón y lento fade down de luz.
Intermedio.)**

Parte II

7. La soledad de Romana

Posada el "Parador de César". El interior estará sin arreglar, desangelado y ruinoso. El CAPELLÁN, a oscuras, fuma. Se ven los reflejos de una lámpara de aceite entre bambalinas. Entra ROMANA en camisón.

CAPELLÁN.- Soy yo, Romana.

ROMANA.- (Deja la lámpara y abraza al CAPELLÁN.) Han venido por ti dos veces. Eran cuatro esta vez. Tengo miedo, Juan.

CAPELLÁN.- Sólo la fe vence al miedo.

ROMANA.- Has sido tú, ¿verdad...? **(Silencio.)** Los marqueses y la diligencia.

CAPELLÁN.- ¿Te importa?

ROMANA.- Me importas tú.

CAPELLÁN.- Necesito saber qué pruebas tienen contra mí.

ROMANA.- Los civiles no soltaron prenda. Me ensañaron la orden de busca y captura, entraron, revolviéron toda la casa y se fueron. Pero no se han ido; hay más de una docena en el pueblo y otros tantos a las afueras. Es demasiado arriesgado que estés aquí.

CAPELLÁN.- Tenía que venir.

ROMANA.- Y ellos lo saben. Tengo un presentimiento, Juan. ¿Qué haremos ahora?

CAPELLÁN.- Sabrás de mí a través del maestro. Es un hombre de confianza.

ROMANA.- Entrégate y acabemos esto de una vez.

CAPELLÁN.- ¿Entregarme? ¿Borrar así, sin más, nueve años de lucha jugándome la vida? Muy mal me conoces. Soy y seré rebelde hasta la muerte. Aquí no hay más camino que el de servir a Cristo.

ROMANA.- No hay esperanza para mí. Quisiera estar ausente de este sórdido mundo que me rodea. ¿Dónde está la justicia de Dios para conmigo? A gritos y en silencio le he rogado que me dé hijos que criar. Pero no me oye. ¿Qué Dios tan cruel es este? Se burla de nosotros. Nos engaña. Nos da dos hijos, pero antes de que cumplan dos años se los lleva.

CAPELLÁN.- No hables así, Romana.

ROMANA.- Dios me ha condenado a ser una mujer seca... como una estaca clavada en medio del monte, sin una familia que ponga freno a tus ideales. Quiero una vida

tranquila, pero no obtengo más que calvario y más calvario. Quiero que te quedes, pero siempre te vas. Dios nos confunde, Juan. ¿O es el demonio tal vez? ¿Qué cruel destino es este que llevamos marcado como una cruz? **(Silencio.)** Vete ya que todo está perdido. No hay esperanza para nosotros. No pararán hasta darte caza. Jauría de perros rabiosos.

CAPELLÁN.- Volveré dentro de unos días y nos marcharemos, Romana.

ROMANA.- ¿Marcharnos? ¿Adónde?

CAPELLÁN.- Debo resolver un asunto antes. Vendré por ti. Ten fe. No hay otro camino.

ROMANA.- No me moveré de aquí. Esta es mi tierra. Ahora que el vino es un negocio próspero, ahora que podíamos tener un poco de paz, ¿ahora me pides que nos marchemos? No, Juan. Aquí me quedaré y me hundiré en la tierra hasta que me haga vieja. Todos defienden lo poco que tienen, pero tú no. Tus ideales, tu justicia, tus pobres, tu Dios... Pero nunca tu casa, ni tu mujer, ni siquiera tu tierra que labras de sol a sol. No puedo contigo.

CAPELLÁN.- El tiempo apremia. Tú no tienes nada que ver en esto; me buscan a mí y no quiero complicarte. Pero volveré, Romana. Tengo que volver una vez más, aunque sólo sea para decirte adiós. Sabré salir de este trance con la ayuda de Dios.

ROMANA.- Un indulto, Juan. Si te entregas quizá te concedan un indulto.

CAPELLÁN.- Basta. En este mundo la pobre razón de los hombres tiene menos fuerza que la autoridad, por eso la razón de Dios debe poner orden en la tierra.

ROMANA.- ¿No es suficiente ya lo que has hecho?

CAPELLÁN.- Si me entrego me ahorcarán.

ROMANA.- ¿Nunca has pensado que tus actos sean un desvío de la recta senda? ¿Nunca has tenido duda? ¿No son los descarríos de los humanos los que dan a su Dios ocasión de ejercer su misericordia? ¿No crees que Dios

recompense tus servicios librándote de morir como un criminal?

CAPELLÁN.- Mis manos no están manchadas con la sangre de mis semejantes. Soy inocente de todo crimen, por eso, si me entrego, mis jueces serán severos conmigo hasta el fin. Sólo respondo ante la justicia del Señor.

ROMANA.- (Le abraza acongojada.) Me siento sola, Juan.

CAPELLÁN.- (Desprendiéndose de ella con suavidad.) Todos estamos solos a merced del Creador. No quiero patetismo en los momentos difíciles; la sobriedad inspira confianza, confianza en los designios del Señor. Continuarás haciendo tu vida normalmente.

ROMANA.- ¿Normalmente? ¿En esta casona inmensa dando vueltas y más vueltas, medio loca sin saber si estás vivo o muerto? ¿Qué haré Virgen de la Oliva, sin mi esposo? Ahora me clavas la soledad, Señor; ahora me condenas a dormir sola, como muerta, no, peor que los muertos porque ellos al menos no sienten nada, pero yo estaré muerta en vida, recordando a un hombre que vuela en el aire como un fantasma. Sólo tu recuerdo en mi mesa, en mi casa y en mi lecho. Llévatelo, Señor. Este hombre nunca fue mío y nunca lo será. Apíadate de él ya que de mí no lo has hecho. ¿Estás orgulloso de tu obra, Señor? Mira a tu hombre de hierro, erguido y arrogante como una estatua, sin una lágrima, incapaz de conmoverse. ¿De esto estás orgulloso?!

CAPELLÁN.- Silencio, Romana.

(Se escucha un ruido entre bambalinas. Silencio.)

Quieta.

GARMENDIA.- (Voz en off.) ¡Abrid la puerta!

ROMANA.- ¡A la cueva! ¿Dios mío, escapa por la cueva!

GARMENDIA.- (Voz en off.) ¡Date preso, Capellán!

CAPELLÁN.- Háblales. Debo ganar tiempo.

ROMANA.- ¿Quién habla?

GARMENDIA.- (Voz en off.) Nicolás Garmendia, teniente de la Guardia Civil.

CAPELLÁN.- Adiós, Romana. Volveré. Pongo a Dios por testigo que volveré. **(Mutis.)**

GARMENDIA.- ¡**(Voz en off.)** Sabemos que estás ahí, Capellán!

ROMANA.- ¿Le harán justicia?

GARMENDIA.- (Voz en off.) Mi misión es detenerle, de lo demás no respondo. ¡Apártese de esto, Doña Romana!

ROMANA.- ¿Cuánto vale la cabeza de mi esposo?

GARMENDIA.- (Voz en off.) Ningún hombre tiene precio.

ROMANA.- ¿Entonces por qué le persigue!?

GARMENDIA.- (Voz en off.) Ha cometido un delito y tiene que pagar por ello.

ROMANA.- ¿Quién le castiga?

GARMENDIA.- (Voz en off.) Dios y los hombres. ¡La casa está rodeada! ¿Cómo intentes algo, eres hombre muerto, Capellán!

(ROMANA cae de rodillas y reza.)

¡Abrid paso a la Guardia Civil! **(Silencio.)** ¡Echad abajo la puerta!

(Desde distintos sitios entre bambalinas, se escuchan golpes coordinados, secos y uniformes. Al tiempo se va cerrando el telón, sin que se detengan los golpes. Una vez cerrado el telón, se detienen los golpes e inmediatamente ataca la música. Cambio.)

8. Parador de Frascuelo

El espacio del episodio anterior se transformará en el Parador de Frascuelo mediante elementos mínimos. En las paredes del Parador hay algunos candiles. Sobre la mesa, uno o dos velones. 'SALVAOR' FRASCUELO está sentado a cabecera de mesa. CRISANTO se inspira para hacer un brindis. ELOÍSA, sentada frente a FRASCUELO, se abanica. DIONISIA y DANIELA, de pie a un costado del escenario, se abanicen y cuchichean. Las tres chicas son morateñas.

CRISANTO.- (Dejando una guitarra.) Señoritas, amigo mío. Llegó la hora de hacer un merecido brindis. **(Se desplaza donde están DIONISIA y DANIELA, ofreciéndole a cada una un brazo.)** Es para mí un honor.

(Ambas, seducidas por la galantería, se cogen de cada brazo de CRISANTO. Los tres se desplazan detrás de la mesa; ELOÍSA y FRASCUELO se ponen de pie. Todos cogen un vaso de vino.)

Bien conocida es tu fama de matador de toros, amigo del alma. Los cuatro puntos cardinales de esta tierra de locos conocen tu valor frente al toro. Yo esta vez, quiero hacer un brindis magnífico al torero, pero también al espíritu generoso que se esconde detrás de ese traje de lentejuelas, al corazón noble que hay detrás de tu capote, a ese hombre que Chinchón jamás olvidará. Amigo Salvaor Frascuelo,

que Dios te dé y te multiplique tal como tú mandaste a multiplicar tu pan y diste de comer a todo Chinchón cuando las cosas vinieron mal dadas. Que tu recuerdo perviva por generaciones. Que las dos orejas y el rabo que esta tarde cortaste en la plaza, sean símbolo de tu estatura de guerrero, que estas hermosas doncellas que engalanan tu morada, sean dulce compañía en tu descanso de gladiador. Amigo querido, brindo por lo humano y lo divino, brindo por nuestra amistad, brindo por vosotras, claveles de la noche, brindo por el arte y el amor... lo único que importa en este mundo infame.

TODOS.- ¡Salud! **(Beben de un trago largo todo el contenido de sus vasos.)**

FRASCUELO.- Gracias, Crisanto. Amigo mío, gracias.

CRISANTO.- Vamos, Eloísa. Cántanos una jota de Morata. **(Coge la guitarra.)**

DIONISIA.- ¡Que no decaiga!

DANIELA.- En su honor, Don Salvaor. **(Se desplaza al centro del escenario haciendo sonar unas castañuelas.)** Tú, acompáñame.

(DIONISIO también con castañuelas, va junto a DANIELA. ELOÍSA de pie. CRISANTO toca y ELOÍSA canta la jota del limón. DANIELA y DIONISIA bailan.)

ELOÍSA.- Eché un limón a rodar
y en tu puerta se paró,
hasta los limones saben
que nos queremos los dos.

(Estribillo.

Para cuando me case
me han prometido,
un candil, una manta
y un borriquillo.
El candil, sin aceite,
la manta, rota

y el borriquillo ciego,
no ve ni gota.)
Una estrella se ha perdido
en el cielo no aparece,
en tu cuarto se ha metido
y en tu cara resplandece.
Anoche te vi a la cara
con la luz de mi cigarro,
no he visto cara tan linda
ni labios tan encarnados.

(Todos aplauden.)

FRASCUELO.- ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Qué donaire! **(Con una rodilla en el suelo.)** Me postro ante vosotras, morateñas de luz y color, alegría de este feliz encuentro. Tus movimientos precisos y graciosos, cautivan el aire, Dionisia, y tus ojos, Daniela, grandes y rasgados, me cautivan a mí. Y esa voz, Eloísa, cristalina como agua de manantial fresco, voz fina y delicada que escapa de tus dientes de nácar, que fluye desde tu cuello blanco como la nieve y le dice adiós a tu boca de grana. Me postro humilde ante la gracia y la belleza.

(CRISANTO hace un rasgueo apropiado de guitarra. Las morateñas suspiran. Silencio. FRASCUELO se levanta, ufano y va a su sitio.)

¿Vino Crisanto!

(CRISANTO descorcha una botella.)

CRISANTO.- ¡Con esta música quiero que me entierren! **(Sirve vino en los vasos.)**

DANIELA.- ¡Huy! Llegaremos piripis a Morata.

ELOÍSA.- ¿No nos llevará Ud. muy tarde, Don Salvaor?

FRASCUELO.- A la hora que Uds. manden. (**Se dirige a alguna ventana.**) Ha oscurecido pronto... y está negra la noche.

CRISANTO.- Habrá tormenta.

ELOÍSA.- Me encanta.

CRISANTO.- La noche recién comienza. Bebamos..., mientras podamos.

FRASCUELO.- Bien dicho. Mientras podamos.

(Beben.)

Que Dios nos escuche y el diablo se haga sordo.

DANIELA.- ¿De qué habla, Don Salvaor?

(CRISANTO llena los vasos.)

FRASCUELO.- Salvaor a secas, fermosa, que así queda mejor la cosa. O Frascuelo que tampoco se me caerá el pelo.

DIONISIA.- Qué gracia. Salió verso sin mayor esfuerzo.

CRISANTO.- Olé. Tampoco vas tú a la zaga.

ELOÍSA.- En Morata clavamos versos como una daga.

(Risas.)

DANIELA.- No me has respondido, Salvaor.

FRASCUELO.- La plaga de la filoxera ha destrozado todos los viñedos en Francia. Se barrunta que puede azotar España.

ELOÍSA.- Bebamos pues, mientras podamos...

(Beben.)

DANIELA.- ¡Qué mareo, madre!

ELOÍSA.- Ay, chica, ¿no te vas a poner fruncida ahora?

DIONISIA.- Mueve el abanico más deprisa, tonta. Así.
(Mueve muy deprisa su abanico.)

DANIELA.- **(Imitando a DIONISIA.)** ¿Tanto? Me canso.

ELOÍSA.- Pues cuando te canses, paras. Dios, qué mujer. Salvaor, aparte de torero, también eres poeta, por lo que se ve.

FRASCUELO.- Más quisiera yo. La poesía es sublime. Sus caminos no tienen fin, su profundidad es un abismo sin fondo y sus cimas se pierden en la bóveda del cielo. Yo sólo soy un matador de toros que comienza y acaba en el ruedo. Salga vivo o salga muerto, el ruedo es mi cerco, mi límite, el redondel donde me juego el corazón a cara o cruz.

CRISANTO.- ¿Si eso no es poesía, qué es entonces? Yo te lo voy a decir: sólo vale el poeta que escribe y le va la vida en ello. Los demás no son más que farsantes y piñuflas de postín que decoran los salones con palabritas huecas. ¿Qué el ruedo es tu límite? No, amigo mío. Si sales vivo del ruedo, comienza tu gloria, si sales muerto, comienza tu leyenda. En ambos casos, el destino te

concede fama y un sitio para la posteridad. Sin embargo, ¿hay algo en este mundo que dure lo bastante como para ser tomado en serio? Nada. Por eso, poetas y toreros se burlan de la vida y de la muerte. El toreo es poesía en estado puro. ¡A tu salud, matador y poeta! (**Bebe.**)

DANIELA.- Huy, se me ha quitado el mareo y todo.

(Cada uno bebe a su aire.)

ELOÍSA.- Adoro la poesía que comunica sentimientos profundos... que dan sentido a esta gris existencia. Los sentimientos son nuestra única certeza, aparte de la muerte.

FRASCUELO.- Exacto. Aunque sean de dolor o alegría, los sentimientos son destellos fulgurantes que colorean este paisaje oscuro, lleno de silencio y caótico al mismo tiempo. No hay nada que decir, excepto que hay que decirlo todo...

(DANIELA solloza.)

ELOÍSA.- ¿Pero qué es lo que te pasa a ti?

DANIELA.- Me dio pena.

DIONISIA.- Llorera. A esta le entró la llorera.

DANIELA.- No. Es la emoción. Estoy aprendiendo a chorros.

ELOÍSA.- La madre que te trajo al mundo... Sigue Salvaor.

FRASCUELO.- Sensibilidad femenina. Eso es pureza y brillo.

DANIELA.- Toma.

FRASCUELO.- Si todos fuésemos así de sensibles. Estoy convencido por experiencia propia, de que la cultura refina los sentidos. Otro gallo cantaría si nuestros gobiernos invirtieran más en la mejora y fomento de la civilización y la cultura de los pueblos. Eso siempre es reproductivo.

DIONISIA.- Huy, la cultura; demasiado revuelto está el gallinero para esas cosas, me parece a mí. Pero estoy totalmente de acuerdo contigo, Salvaor; sin embargo, me parece más urgente que se corrijan injusticias tan grandes como las que se cometen con nosotras, las maestras.

CRISANTO.- ¿A qué te refieres, Dionisia?

DIONISIA.- Pues al hecho injusto y contra toda lógica, de que por ser mujer, gane menos que el maestro que tiene las mismas obligaciones que yo.

CRISANTO.- ¿Pero cómo puede ser eso? El ayuntamiento de Morata de Tajuña, siempre ha sido amante de lo justo, de lo legal y de lo lógico

FRASCUELO.- Inconcebible. En cuanto vea al alcalde de vuestro pueblo. Veré qué puedo hacer por ti, Dionisia.

DANIELA.- Qué suerte tienes.

FRASCUELO.- ¿Suerte llamas tú a eso? El maestro, por ser hombre, tiene a su alcance muchos más medios que Dionisia para aumentar el corto sueldo que ambos disfrutan.

DIONISIA.- Cortísimo; mi compañero gana 275 ptas. al año y yo sólo 200.

FRASCUELO.- Qué vergüenza. ¿No tenéis los mismos deberes y prestáis iguales servicios?

DIONISIA.- Por supuesto.

FRASCUELO.- Pues el ayuntamiento debe reconocerles los mismos derechos y darles las mismas retribuciones.

CRISANTO.- Y de haber alguna pequeña desigualdad, debiera existir en favor tuyo, que por el mero hecho de ser mujer, te haces acreedora a otra clase de consideraciones que si fueras un caballero.

ELOÍSA.- Bien dicho, Crisanto.

(Disimuladamente, DANIELA se limpia un par de lagrimillas con un pañuelo.)

DIONISIA.- Ahora me toca a mí hacer un brindis. (Se pone de pie y coge un vaso.)

(En off, se escucha un trueno descomunal y a través de alguna ventana, un rápido destello de luz simulando un relámpago. Ruido de lluvia que irá desapareciendo según transcurre la escena.)

ELOÍSA.- ¡Acabo de mundo, qué maravilla!

(Entra el CAPELLÁN y BRUNO. Ambos con sendos trabucos.)

CAPELLÁN.- ¡La paz de Dios sea con vosotros!

FRASCUELO.- ¡Crisanto!

(CRISANTO hace un rápido movimiento.)

BRUNO.- ¡Quieto!

FRASCUELO.- ¿Qué impertinencia es esta?

CAPELLÁN.- Ninguna, Señor Frascuelo.

FRASCUELO.- ¿Ninguna?

DANIELA.- ¡Bruno! (**Silencio.**)

BRUNO.- La conozco.

CAPELLÁN.- Baja el trabuco que no venimos en son de guerra.

(BRUNO baja el trabuco.)

Dile a tu amigo que se calme.

FRASCUELO.- Mi amigo sabe bien lo que hace, no necesita que le manden y Ud. suspenda el tuteo. ¿Quiénes son estos, Daniela?

CAPELLÁN.- Soy Juan Almazán del Pozo, conocido en la comarca como el Capellán.

ELOÍSA.- ¡El bandolero!

FRASCUELO.- ¡Vive Dios!

CRISANTO.- Sé quién es, Salvaor.

CAPELLÁN.- Necesito con urgencia su ayuda, señor Frascuelo. (**Silencio.**)

FRASCUELO.- ¿Y qué es lo que se le ofrece, si se puede saber?

CAPELLÁN.- Ven go perseguido de cerca...

CRISANTO.- Han puesto precio a su cabeza.

FRASCUELO.- ¿Y qué?

CAPELLÁN.- Yo no soy un bandido.

FRASCUELO.- ¿No?

CAPELLÁN.- Los hombres reparten muy mal la riqueza en la tierra; mientras unos pocos retozan en la abundancia, la inmensa mayoría se muere de hambre. Dios condena esta injusticia y yo, su humilde siervo, pongo el remedio que puedo repartiendo entre los pobres lo mucho que abunda entre los ricos...

CRISANTO.- Es verdad, Salvaor.

FRASCUELO.- Bueno, bueno, señor Capellán. (Silencio.) ¡Bueno está lo bueno! Al grano. Pero murgas no, ni historias que no queremos oír, que nosotros no somos de justicia. Conque... ¡ale!

CAPELLÁN.- Que los civiles me vienen pisando los talones y fiado de la fama de generoso que vos tenéis, he pensado que aquí, en los recovecos de la bodega de vuestro Parador, podríais darme asilo siquier unas horas, que yo sabré agradeceréroslo siempre.

FRASCUELO.- (Soltando una risa franca y contenta.) ¡Hombre! ¡No está mal para terminar la fiesta! Crisanto, tú que conoces... al menos de oídas... al señor Capellán, sírvele un vaso de la tinajilla buena para que reponga fuerzas... y su amigo también, que se llama...

(CRISANTO sirve dos vasos de una tinajilla.)

BRUNO.- Bruno Pérez, el morateño..., para servirle.

FRASCUELO.- Pues eso. Señor Capellán, señor Bruno, no tengan cuidado, que aquí nadie vendrá a buscarles, y si vinieran, tenemos algunos tinajones donde escabullirles. ¡Ale! ¡A beber!

(Todos beben a su aire, excepto BRUNO que observa su vaso.)

DANIELA.- Bruno, cuánto tiempo...

FRASCUELO.- Vaya, vaya, Daniela. ¿Quién se lo iba a imaginar?

DANIELA.- Bruno fue novio de mi hermana.

BRUNO.- Tiempo hace ya de eso.

DANIELA.- Ella se acuerda mucho de ti. Cuando va a la fuente se queda mirando vuestros nombres, los que tú grabaste. Siempre encuentra pretexto para ir allí, si no es por agua, pasa y bebe o se refresca.

BRUNO.- Las que se echan tanta agua encima no pueden ser cosa buena. Digan lo que digan, la mujer honesta no necesita de tanta agua. **(Silencio.)**

DIONISIA.- ¿No bebes?

BRUNO.- Ahora.

(DANIELA coge el vaso de BRUNO y lo observa.)

FRASCUELO.- Cuando le plazca, señor Bruno. Como si no le place...

BRUNO.- Gracias. Llámeme Bruno o morateño, que así estaremos menos acartonados.

FRASCUELO.- Ea.

ELOÍSA.- Yo sabía cosas de ti... De oídas.

DIONISIA.- Y yo. **(Silencio.)**

FRASCUELO.- Pues que las cosas esas ahí se queden. Que lo oído visto no ha sido.

ELOÍSA.- Sólo son rumores.

FRASCUELO.- Los rumores hay que enterrarlos boca abajo... por si quieren salir, ¡que se vayan más pa'abajo!

BRUNO.- Bien dicho, señor Frascuelo. **(Bebe su vaso de un trago.)**

FRASCUELO.- Salvaor, Salvaor, que me ha gustao eso de acartonaor. Crisanto echa el candado, no sea que aparezcan de improviso los bigotudos y se transforme esto en un velorio.

(Mutis de CRISANTO.)

Se ha quedado Ud. muy callado, señor Capellán.

CAPELLÁN.- Capellán o Juan, que a mí también me ha gustao lo de menos acartonaor.

FRASCUELO.- ¡Ala, toos tuteaos!

DANIELA.- ¿Estamos encerrados, Salvaor?

FRASCUELO.- Estamos seguros, Daniela.

CAPELLÁN.- No me olvidaré de esto, Frascuelo.

FRASCUELO.- Ni yo, Capellán.

(Entra CRISANTO.)

CRISANTO.- La noche está como boca de lobo. Es mejor no armar mucho alboroto.

FRASCUELO.- Ahora que yo quería más cánticos.

(BRUNO se acerca a una ventana y otea.)

Pienso que eres un rebelde, Capellán, pero primitivo.

CAPELLÁN.- Consecuente, Frascuelo, consecuente.

FRASCUELO.- También. Me gustan los hombres que le echan huevos a la vida... con perdón de las señoritas.

ELOÍSA.- Por nosotras que no quede, ¿verdad?

DIONISIA.- ¡Faltaría!

DANIELA.- ¿No es hora de marcharnos ya?

DIONISIA.- Que no.

ELOÍSA.- Cuando escampe.

DANIELA.- ¿Y si no escampa?

ELOÍSA.- Que sí.

FRASCUELO.- Que si esto, que si lo otro... Que nunca, que además... Que la vida es mentira, amigos míos... sólo la muerte es verdad.

CRISANTO.- Ahí, ahí.

CAPELLÁN.- Muchas he pasado, pero nunca como ahora. Precio a mi cabeza. ¡Que Dios les perdone!

CRISANTO.- Porque tú no, Capellán. ¿O me equivoco?

CAPELLÁN.- Un hombre es un hombre a menos que pierda su dignidad. Aquí abajo haré lo que tenga que

hacer, pero sin aspavientos, sin arrogancia y sobre todo sin juzgar puesto que también soy un hombre y como he dicho, la justicia de los hombres no tiene valor. Que nos juzgue Dios. Yo cumplo su mandato, lo haga bien o lo haga mal, el Señor me lo dirá cuando llegue mi hora.

FRASCUELO.- ¿Qué tú no juzgas a los hombres? Pero si les condenas a la vida o a la muerte.

CAPELLÁN.- ¡Cuidado, eh...!

FRASCUELO.- No te ofendas, Capellán; que aunque en este país creamos siempre en los demás, intenciones de ofensa, yo soy una excepción. Sólo pregunto. No te pongas a la defensiva porque no te ataco.

CAPELLÁN.- Jamás he matado, Frascuelo. Tampoco robo, redistribuyo la riqueza sin que se manchen de sangre mis manos.

FRASCUELO.- He aquí un personaje estrafalario. ¿De dónde eres?

CAPELLÁN.- De Valdilecha.

FRASCUELO.- Castellano, pero no de los comunes, que suelen vivir bien avenidos con lo real. Tú no, desde luego. Grande es la cruzada que has emprendido.

CAPELLÁN.- Más grande es mi mala suerte...

CRISANTO.- ¿Sentimental también?

BRUNO.- Humano.

ELOÍSA.- Menudo par.

FRASCUELO.- Mala suerte, ¿por qué?

CAPELLÁN.- Por muchas cosas. Ocasión tendré de contártelas si el destino nos junta otra vez; sólo baste por ahora, decirte que buena parte de mi mala suerte viene dada por el sitio donde nací. Los castellanos no sirven para las grandes empresas.

FRASCUELO.- ¿Consideras que la tuya no es gran empresa?

CAPELLÁN.- No digo ni que sí ni que no. Lo que digo es que mi gente no gusta de las grandes empresas. Primero, porque somos demasiado honrados, si en honradez cabe demasía. Lo segundo, porque lo único que temen es la responsabilidad.

FRASCUELO.- ¡Todo un tipo fantástico y extremado de bandido...!, perdón, de Justiciero. ¿Nos vamos ya entendiendo?

CAPELLÁN.- Ya vamos, ya vamos.

FRASCUELO.- A mi juicio tiene gran realce tu figura. Eres un símbolo, Justiciero. No, Príncipe de la Libertad... Rey de la Justicia, pero primitivo...

BRUNO.- ¿No estaré yo viendo algo de vacile en todo esto... Salvaor?

CAPELLÁN.- No, Bruno.

BRUNO.- Callado soy.

CRISANTO.- Por si uno fuera poco, está el otro páter...

BRUNO.- Humm.

(DIONISIA coge la guitarra.)

ELOÍSA.- ¡¿Adónde vas tú con la cogote de yegua?!

DIONISIA.- A desviar la cosa que no me gusta por donde va.

FRASCUELO.- Va por donde tiene que ir...

CAPELLÁN.- Y va bien.

CRISANTO.- De alboroto ahora nada, Dionisia.

FRASCUELO.- Un rebelde consecuente, sin duda..., sin duda. Pero primitivo, porque te enfrentas sólo a la montaña, te partirás la crisma y la montaña seguirá igual. ¿Eres consciente de ello, Justiciero?

CAPELLÁN.- Soy consciente de todo, Frascuelo.

FRASCUELO.- Como tiene que ser. Ir al encuentro de la muerte sin saberlo no tiene mérito. Saber que la muerte puede estar agazapada en el recodo del camino y seguir adelante... ¡A eso llamo yo, auténtico sentido trágico! **(Poniéndose de pie.)** Por favor, poneros de pie.

(Todos lo hacen.)

DANIELA.- ¿Otro brindis?

FRASCUELO.- Sí. Pero después. **(Va hacia algún estante y saca una Biblia que coloca sobre la mesa.)** Daniela, Eloísa, Dionisia, Crisanto... poned la mano sobre la Palabra Santa **(Los nombrados lo hacen.)** y haced este juramento: que lo visto y oído entre estas cuatro paredes se lo lleve el viento, que el Capellán y Bruno no han pisado esta morada jamás y que no habrá hombre o mujer, ni vivo ni muerto, que sepa de vuestra boca lo que aquí ha pasado.

TODOS.- **(Excepto CAPELLÁN y BRUNO.)** ¡Lo juramos!

(En off, trueno descomunal. El CAPELLÁN abraza a FRASCUELO. Telón. Música y cambio.)

9. La ermita Virgen de la Antigua

Un telón, el n.º 2, representa la ermita Virgen de la Antigua. Es de noche y hay una luna llena brillante.

**Entra SATURNINA; mira a un lado y a otro. Espera.
Entra BRUNO.**

SATUR.- ¡Bruno! (Deja una canasta en el suelo.)

(BRUNO se quita la gorra. Se abrazan.)

BRUNO.- ¿Cómo has venido?

SATUR.- El maestro se ofreció a acompañarme. Hay civiles por todas partes. ¿Cómo estás?

BRUNO.- Bien. ¿Sólo el maestro sabe que hemos quedado aquí?

SATUR.- Y la Virgen de la Antigua, pero de momento no habla.

BRUNO.- Ella y tú son a las que más... **(Silencio.)**

SATUR.- (Cogiéndole las manos.) ¿Qué? Di...

BRUNO.- ... A las que más quiero.

SATUR.- ¡Bruno! **(Lo abraza.)** Al fin, al fin escucho de tu boca que me quieres. Si supieras el tiempo que he esperado esto. ¡Yo te quiero más! **(Coge la canasta.)** Te he traído vino y queso... que son como los besos.

(Se sientan en el suelo. SATUR saca una bota, un trozo de queso y una navaja.)

También he traído una navaja... limpita.

BRUNO.- He comprado un regalo para ti en Madrid. **(Saca el abanico y se lo da. Silencio.)** Cuando vayamos juntos a los toros, lo lucirás en los tendidos...

SATUR.- Con la mantilla...

BRUNO.- Hará juego con tus ojos.

(SATUR llora.)

SATUR.- Qué detalle más bonito... Mi padre siempre decía que en los detalles está la diferencia entre un caballero y un patán. **(Se limpia las lágrimas.)**

BRUNO.- No quiero verte llorar.

SATUR.- ¿Cuándo acabará esto? A ti no te buscan...

BRUNO.- Es una trampa para que me fíe. Saben que el Capellán y yo somos compañeros hasta la muerte.

SATUR.- Calla. No quiero oír esa palabra. Ya no puedo más. En la cuesta de Perales han clavado los restos descuartizados de un bandolero.

BRUNO.- Lo sé.

SATUR.- ¿Alguno de la cuadrilla?

BRUNO.- No. **(Come y bebe.)**

SATUR.- ¿Y el Capellán?

BRUNO.- Vendrá esta noche.

SATUR.- ¿Aquí?

BRUNO.- No tardará.

SATUR.- Evelina, la viuda, quiere verle.

BRUNO.- ¿Y eso?

SATUR.- No lo sé.

(BRUNO bebe.)

¿Has visto el cometa?

BRUNO.- No.

SATUR.- Yo sí. Lo vi con Romana. Estábamos en el patio; ni ella ni yo podíamos dormir. De repente vimos una bola inmensa y brillante en el cielo, con una cola larga... como el rabo del demonio, dijo Romana. Dicen que el cometa tiene la culpa de todos los males que padecemos.

BRUNO.- Pero bueno...

SATUR.- Es verdad. Los cometas anuncian sólo desgracias. Las penas nos lloverán como granizo.

BRUNO.- Anda. Bebe. (Le pasa la bota y SATUR bebe. Saca la foto.) Mira la foto que nos hemos hecho en Madrid.

SATUR.- (Mirándola.) ¡Qué bonita...! Tienes un gesto dominador y galán..., pero un poco sombrío.

(BRUNO coge la foto.)

BRUNO.- No parezco yo.

SATUR.- (Acercándose y mirando la foto.) ¡Qué ojos!

BRUNO.- Si no son míos.

SATUR.- Es el retoque, tonto.

BRUNO.- Pero no parezco yo.

SATUR.- Si pareces un artista. La viva estampa de Julián Gayarre.

BRUNO.- Mira por donde, ahora resulta que ese cantaor se parece a mí.

SATUR.- Qué va. Tú eres mucho más gallardo.

(BRUNO se toca la barriga.)

¿Qué te pasa?

BRUNO.- A veces siento un dolor aquí..

SATUR.- ¿Los gérmenes...? ¿Te pasa cuando comes?

BRUNO.- No.

SATUR.- No te preocupes entonces. El médico dice que si comes bien y cagas bien es que estás sano.

BRUNO.- Los médicos no tienen idea. Prefiero los curanderos. En Madrid vimos cómo detuvieron a tres; la gente se negó y no veas qué batalla contra los guardias.

SATUR.- En Valdilecha, el médico y el curandero no se hablan.

BRUNO.- ¿Qué hay de nuevo?

SATUR.- Vienen menos vendedores ambulantes a la posada. La Justina, como siempre, metiendo cizaña. Romana está muy mal desde que estuvo allí el Capellán; ya no va a la Asociación para la Enseñanza de la Mujer. Y Marianito Contreras se ha casado: una boda por todo lo alto.

BRUNO.- Pobre.

SATUR.- ¿Qué?

BRUNO.- Digo que pobre Marianito.

SATUR.- ¿Por qué?

BRUNO.- Al final le han casado.

SATUR.- ¿Y por eso le compadeces?

BRUNO.- ¡A ver!

SATUR.- Qué desilusión...

BRUNO.- Olvídalo.

SATUR.- ¿No te hace ilusión formar un hogar?

BRUNO.- Saturnina, debo decirte algo...

SATUR.- Ya lo sé.

BRUNO.- ¿Qué?

SATUR.- Que no te hace ilusión formar un hogar.

BRUNO.- Tú qué sabes.

SATUR.- Tú no vales para eso.

BRUNO.- Sí valgo.

SATUR.- Demuéstramelo.

BRUNO.- Saturnina, el Capellán y yo tenemos que marcharnos.

SATUR.- No. **(Se pone de pié. Silencio.)** Tú no tienes que marcharte.

BRUNO.- Sé razonable.

SATUR.- Tú no vales para formar un hogar, porque el que vale siempre llega, siempre. Me das una de cal y otra de arena. Venía cantando en silencio para ahogar un mal presentimiento. **(Entona débil y tristemente.)**

¡Ay que cuesta tan pesada
que al subirla reviento!
Pero allí está mi moreno
que me sube con su aliento.

¿Si te marchas, por qué has dicho que me quieres? ¿No hubiese sido mejor callar..., dejarme libre el corazón?
¡Destino maldito! Qué crueldad y qué dolor.

BRUNO.- Vendré por ti.

SATUR.- Qué débil suena. No es verdad lo que me está pasando. Esta realidad es mentira, Bruno, ¿verdad que sí? Dime que saldremos juntos de esta soledad, dime que me llevarás al baile, dime una sola cosa que sea verdad siempre. Dímelo aunque sea mentira. Necesito algo más para soportar esta ruina que lo deforma todo. Te marchas y qué me dejas. No. Esta realidad no puede ser cierta. Prefiero huir. Me esconderé dentro de mí misma; me iré a Madrid a trabajar en algún taller, allí me consumiré en una existencia pequeña, encerrada cosiendo, haciendo chalecos, planchando o ribeteando.

BRUNO.- No quiero que trabajes; esa idea me humilla.

SATUR.- A mí me salva de mí misma, con ello llenaré tu ausencia. Si vuelves, al menos estaré viva.

(Se escucha un silbido.)

BRUNO.- El capellán. **(Mira a un lado y a otro. Silencio. Se pone la gorra.)**

(Entra el CAPELLÁN y estrecha con sentimiento a SATURNINA.)

CAPELLÁN.- ¿Todo bien? **(Silencio.)** He visto a cuatro civiles en el Camino Real; dos muy bebidos que iban a lo suyo. Los otros dos estaban más adelante, agazapados. ¿Cómo está Romana?

SATUR.- Mal.

CAPELLÁN.- Dile que pronto la veré.

(SATUR guarda la bota y el queso en la canasta.)

SATUR.- (Pasándole la navaja a BRUNO.) Toma. Para que te acuerdes de mí.

BRUNO.- Ya estás aquí dentro para siempre. Esa es la verdad que pedías, una verdad que no cambiará nunca.

SATUR.- Marchaos y que Dios se apiade de todos nosotros.

CAPELLÁN.- ¿Qué le has dicho...?

BRUNO.- Tú me metiste en esto, Capellán. Tendrás que matarme si quieres que te abandone. Eres el único amigo que he tenido en toda mi vida y estaré contigo hasta que nos hagan pedazos.

CAPELLÁN.- ¡Maldita sea!

BRUNO.- Sabes muy bien que me co gerán si me quedo.

SATUR.- Basta. No quiero escuchar nada más.

CAPELLÁN.- Yo no tengo alternativa, Saturnina. **(Saca un rosario.)** Llévale este rosario a Romana. Dile que sólo la fe reconforta el alma. Yo te traeré de vuelta a Bruno, no lo dudes. **(Se saca una medalla que lleva colgada al cuello, la besa, la pone en la mano de**

SATUR y le aprieta el puño.) Aprieta el puño de esta mujer, Bruno.

(BRUNO lo hace.)

Más temprano que tarde seréis marido y mujer. Esta medalla es un regalo para vuestra primera hija, estoy seguro de que será niña.

SATUR.- Basta, por Dios.

(BRUNO se arrodilla y posa su rostro en el vientre de SATUR. Silencio.)

No me olvides.

(BRUNO se incorpora.)

BRUNO.- Nunca. Te lo juro por la Virgen de la Antigua.

(SATUR se desprende suavemente y coge la canasta.)

Tengo amigos que cuidarán de ti.

SATUR.- Sé cuidarme sola. Vosotros estáis en peligro. Cuidaros por lo que más queráis. La viuda quiere verte, Capellán. Ha dicho que es urgente.

BRUNO.- No me fío.

CAPELLÁN.- Evelina es una buena mujer.

BRUNO.- He dicho que no me fío.

CAPELLÁN.- Dile que vaya dentro de cinco días a los pinos, y a bien entrada la noche. Luego iré a casa, pero dile a Romana que entraré por la salida de la cueva.

BRUNO.- No. Esta vez me harás caso, Capellán. No irás a Valdilecha.

CAPELLÁN.- Tranquilo, Bruno. Tengo que ver a Romana, antes de partir. Dios está conmigo.

SATUR.- ¿Acabará esta pesadilla?

CAPELLÁN.- Lo dicho.

SATUR.- ¿Algún día acabará la miseria? (**Coge el rostro del CAPELLÁN y le besa la frente.**) Hasta siempre, Capellán. (**Se besa los dedos y con ellos roza los labios de BRUNO.**) Si me buscas me encontrarás. (**Inicia el mutis.**)

BRUNO.- Saturnina... (**Inicia movimiento de seguida, pero SATUR lo detiene a distancia.**)

SATUR.- Ha sido un día muy largo... y una noche peor. Quiero descansar. Respeta mi dolor. (**Mutis.**)

BRUNO.- ¡Mierda! (**Cae de rodillas, hecho un ovillo. Silencio. Saca la navaja, la besa y se la guarda.**)

CAPELLÁN.- (**Saca una petaca.**) Levanta, amigo. (**Ofrece a BRUNO que se incorpora y bebe.**)

BRUNO.- (**Devolviéndole la petaca.**) ¿Volveremos, Capellán?

CAPELLÁN.- Seguro. (**Bebe.**)

BRUNO.- Aquí venía siempre de pequeño. Jugábamos a barcos con cáscaras de nueces. La mía era un velero de piratas repleto de monedas de oro. La echaba a navegar por un arroyo que se forma aquí cuando llueve y el viento

empujaba mi velero entre los remolinos. ¿Dónde nos llevará el destino, amigo?

CAPELLÁN.- Junto al mar, Bruno. Nos iremos a la costa norte. Hay que salir de este hoyo de arenas movedizas. Saturnina y Romana lo entenderán; las mujeres tienen un sexto sentido.

BRUNO.- ¿Has sentido miedo alguna vez?

CAPELLÁN.- Sí, pero lo he vencido con la ayuda del Señor.

BRUNO.- Es enorme tu fe.

CAPELLÁN.- Mi fe no es nada comparada con la grandeza de Dios. Anoche estuve rezando hasta el amanecer. No podía dormir; extraños pensamientos revoloteaban en mi mente como cuervos. Nunca había estado tan nervioso, pero el Señor, como siempre, me dio la paz. Me dormí cuando ya clareaba y soñé, soñé que volaba sobre los montes y los olivos, veía mi casa y a un montón de chiquillos que correteaban. El aire era puro y el cielo transparente, lívido como una lágrima. Qué paz, amigo, qué paz.

BRUNO.- ¿Qué querrá Evelina?

CAPELLÁN.- No te preocupes; ella tiene toda mi confianza. Más me preocupan Mágina y Vitorina. Dejaremos con Isidora la parte que les corresponde y hasta nunca.

BRUNO.- Bien.

CAPELLÁN.- Nosotros marcharemos dentro de una semana. Los accesos a Madrid estarán cubiertos, lo mejor es ir hacia Mondéjar por los cerros, bordeando la provincia de Guadalajara. Cuando entremos en Segovia, ya veremos.

BRUNO.- Conseguiré un par de buenos caballos en el establo de Tielmes y te esperaré en la Estacá.

CAPELLÁN.- ¿Algo más?

BRUNO.- Sí.

CAPELLÁN.- ¿Qué?

BRUNO.- Cuidado en Valdilecha.

CAPELLÁN.- Lo tendré.

BRUNO.- ¿Por qué has quedado con la viuda en los pinos?

CAPELLÁN.- Porque conozco bien aquel bosque. Allí jugaba yo de pequeño.

BRUNO.- Capellán, nunca te voy a olvidar.

CAPELLÁN.- ¡Toma, ni yo!

(Se abrazan. Música y telón.)

10. Los pinos

Un telón, el reverso del n.º 2, representa un bosque de pinos. Es de noche. Alguna piedra servirá de asiento. EVELINA y el sereno que lleva una lámpara de aceite o similar, esperan.

EVELINA.- Qué noche más oscura.

SERENO.- Más oscura se pondrá.

EVELINA.- Si mi esposo viviese, no andaría yo en estos trasiegos.

SERENO.- Dios siempre se lleva a los buenos... y a los que incordian también.

EVELINA.- Menos mal que mis hijas me han salido buenas y honestas.

SERENO.- Que no es poco, Doña Evelina. Tiene Ud. una gran tienda y muy abastecida, por cierto; si no fuera

por sus hijas que tanto la ayudan, no sé cómo hubiera salido adelante.

EVELINA.- Toda la ayuda que una pueda tener no basta. Anda todo tan revuelto. "Quedémonos aquí", me decía Pierre. Pero yo quería volver a mi tierra. Las españolas siempre volvemos al redil.

SERENO.- Su esposo fue muy querido en el pueblo, a pesar de ser francés. Entiéndame...

EVELINA.- No hace falta, señor sereno. Sé muy bien lo que quiere decir. Aunque llegamos de Francia con una pequeña fortuna, nos costó mucho levantar cabeza aquí, no se crea Ud....

(El CAPELLÁN aparece al fondo de la escena, iluminado débilmente por un cenital. EVELINA y el sereno no le ven.)

SERENO.- Y tanto. Todo cuesta en esta vida, Doña Evelina. **(Tiene un acceso de tos.)**

EVELINA.- Qué tos. Debe Ud. cuidarse y dejar de fumar.

SERENO.- Si me he quitado ya del tabaco. Es muy fácil, sabe; me he quitado ya un montón de veces.

EVELINA.- Bueno... **(Silencio.)**

SERENO.- Lo mismo no viene, eh.

EVELINA.- Vendrá. Es un hombre de palabra.

SERENO.- Humm.

EVELINA.- ¿No lo cree Ud.?

SERENO.- Yo no creo nada ni dejo de creer. Cumplo mi oficio como está mandado. Si llueve, lo pregonó, si no, también. Hoy la noche se pondrá más oscura.

EVELINA.- ¿Más todavía?

SERENO.- Ya lo verá.

CAPELLÁN.- (*Avanzando.*) Buenas nos dé Dios.

EVELINA.- ¡Qué susto!

CAPELLÁN.- Perdona, Evelina.

EVELINA.- Perdonado Capellán.

(*Se saludan con un beso en la mejilla.*)

CAPELLÁN.- ¿Qué haces tú aquí?

EVELINA.- Yo le he pedido que me acompañe. No podía venir sola hasta aquí... y a estas horas.

CAPELLÁN.- Lo siento.

SERENO.- Si le molesta que haya venido, yo también lo siento, señor Capellán. Pero Doña Evelina me ha pedido este favor, como bien ha dicho y no podía negarme por tratarse de ella. Ahora, si he hecho lo que no debía, mis disculpas. Aunque dadas las circunstancias, creí que era mi obligación...

CAPELLÁN.- Abrevia que el tiempo apremia.

EVELINA.- Le estoy muy agradecida por el favor. Ahora, si no le importa.

SERENO.- Si ya me iba; sólo quería explicarle al señor Capellán.

CAPELLÁN.- Espérala en el arroyo. Ya te llamaré.

SERENO.- Sí señor. (**Mutis. Silencio.**)

CAPELLÁN.- Muy mal hecho, Evelina.

EVELINA.- Dios mío, ¿he cometido un error?

CAPELLÁN.- Dios dirá.

EVELINA.- Debí venir con alguna de mis hijas.

CAPELLÁN.- Ya está hecho.

EVELINA.- ¡Imbécil de mí!

CAPELLÁN.- No hagamos drama.

EVELINA.- Sí, sí. Acabemos al punto que no quiero retenerte ni un instante.

CAPELLÁN.- Antes de acabar, empezarás primero, ¿no?

EVELINA.- Qué nerviosa me he puesto.

CAPELLÁN.- La culpa es mía. Yo he violentado la situación. Lo siento de veras.

EVELINA.- Déjalo, por favor. ¿Cómo estás, Capellán?

CAPELLÁN.- Ni siquiera estoy. Venga, que siento curiosidad.

EVELINA.- Te voy a decir algo que llevo guardado en mi corazón desde hace mucho tiempo. Cuando eras alcalde, hubo un pleno en que tú y mi esposo, que en paz descansa, os enzarzasteis por culpa de los salarios de miseria que pagábamos a nuestros jornaleros, ¿te acuerdas? Pues bien, después de aquel pleno, yo tuve una discusión muy grande con mi marido. Le dije que tú tenías buena parte de razón al acusarnos de explotadores. Él no aceptó mis razones, claro. Desde entonces nunca más se habló de ti en mi casa, excepto otra vez que lo intenté, pero se puso furioso y me prohibió terminantemente volver a sacar el tema. Luego, como sabes..., se habla tanto de ti en el pueblo... Y yo decía, bueno, si es verdad que este hombre roba a los ricos para dárselo a los

pobres... qué valor, ¿no? Te admiraba en secreto, Capellán. Y ahora que te buscan hasta en las copas de los árboles, te admiro más y más te respeto. **(Silencio.)** Quiero proponerte un pacto, Capellán. Un pacto de honor entre tú y yo. Quiero tu palabra, de que jamás asaltarás mi casa. A cambio, yo te daré lo que me pidas. Sólo deberás decirme lo que quieres y dónde debo dejarlo, pero no vayas a mi casa, que de sólo pensar en ello, mis hijas se aterran, sobre todo la mayor; su salud se ha vuelto frágil y sufre de angustia desde que murió su padre. Quiero prevenir mi casa de otra desgracia. Sólo eso, Capellán. Si aceptas este pacto, tiempo tendrás de ver que yo cumpliré mi parte. Tienes mi palabra, que aunque soy mujer, tengo más honor que cualquier hombre. Sólo eso, Capellán.

CAPELLÁN.- Lo último sobra porque el honor no tiene sexo. ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos, Evelina?

EVELINA.- Desde siempre.

CAPELLÁN.- ¿Te acuerdas cuando te perseguía tirándote aceitunas verdes?

EVELINA.- Más me acuerdo de lo contenta que me puse cuando tu padre te molió el culo a azotes.

CAPELLÁN.- **(Deja junto a la piedra el tabuco que llevaba oculto entre la ropa, saca la Biblia y la aprieta contra su pecho con fervor.)** ¡Cuánto me quema tu palabra! Te he hecho muchos servicios, Señor; he privado a mi mujer de un hogar feliz y arriesgo mi vida por no consentir atropellos, insultos y maldades de los poderosos. Estoy librando la más cruda guerra que mis fuerzas puedan sustentar y todo por hacer cumplir tu voluntad, pero estoy cansado, muy cansado. ¿No tengo derecho acaso? ¡Eres cruel y quebrantador de fe! ¡Eres ingrato por no dolerte de mi trabajo! ¡Te juro, Señor, que si no pones remedio en las maldades de esta tierra...! ¡Ay, qué lástima que no te duelas de mi cansancio!... **(Silencio. Se sienta abatido en la piedra.)**

EVELINA.- **(De pie junto a él, le abraza.)** Descansa..., descansa, amigo. **(Silencio.)**

CAPELLÁN.- Los hombres somos una raza maldita. El horror que nos produce el infierno no es un sentimiento

puro, sino perverso. No es un sentimiento que nos sirva para ser buenos, sino para pecar con doble placer.

EVELINA.- ¡Santo cielo! Capellán, vuelve en ti. Por la Virgen que nos escucha, vuelve en ti.

CAPELLÁN.- Tengo derecho a dudar. ¡¿No dices Tú mismo que los derechos, por ser tales, no se piden..., se cogen?! ¡Pues si no me lo das, lo cojo!

EVELINA.- Mi corazón va a estallar. ¿Qué fuerza tan extraña es esta? ¿Derecho a dudar? Pero si yo siempre he vivido en la duda. ¡Virgen de la Oliva, este hombre tiene luz! ¡Sí tienes derecho a dudar y el Señor lo comprende porque Su Verdad es más grande que todo lo que hay en este mundo! ¡Levántate Capellán!

(El CAPELLÁN se incorpora. Ella le coge las manos.)

¡Tú sí que vales! **(Silencio.)**

CAPELLÁN.- Qué equivocado estaba contigo. Siempre te juzgué a ti, según juzgaba a tu marido. Qué error..., qué error. Esta noche me marché lejos, Evelina; qué lástima, ahora que nos reencontramos después de tantos años. No tendrás que cumplir tu parte en el pacto que me propones, no sólo porque me marché, sino porque jamás pensé en asaltar tu casa ni la de ningún vecino del pueblo. Recuérdame como alguien que nunca hizo daño a su pueblo y que se perdió como hombre por culpa del destino.

EVELINA.- ¡Capellán...!

CAPELLÁN.- Algún día volveré. **(Llama de un silbido al sereno.)** Un favor te voy a pedir. Busca la amistad de Romana; estará sola por un tiempo largo y necesita de una buena amiga.

EVELINA.- Cuenta con ello.

CAPELLÁN.- Y gracias... Gracias por soportar mi quebranto.

EVELINA.- ¿Estás mejor?

CAPELLÁN.- Tranquilo.

EVELINA.- Nunca he sentido lo que siento. Qué alegría tan extraña, qué paz...

CAPELLÁN.- No hay alegría como la paz ni fe como la esperanza

(Entra el sereno. Silencio.)

SERENO.- No me importa seguir esperando... **(Tose.)**

CAPELLÁN.- Sigues igual, eh...

SERENO.- Esta tos me llevará a la tumba.

CAPELLÁN.- La mala hierba no muere.

SERENO.- Qué cosas me dice Ud., señor. Los hierbajos también se mueren.

CAPELLÁN.- Vaya hombre, si tú no me lo dices no me habría dado cuenta.

SERENO.- Qué bromista el señor Capellán.

CAPELLÁN.- Me gusta hacer el payaso.

SERENO.- Ya lo veo.

CAPELLÁN.- No siempre, eh. Todo depende del público que tenga.

SERENO.- No se mofe de mí, señor. Yo no soy más que un pobre diablo.

CAPELLÁN.- Reconocer lo que uno es tiene un cincuenta por ciento de descuento.

SERENO.- Qué bien. A partir de hoy seré un pobre diablillo, ni más ni menos.

CAPELLÁN.- Más menos que más...

SERENO.- Como Ud. diga, señor.

CAPELLÁN.- Vamos, os acompañaré hasta la taberna.

EVELINA.- ¿Qué dices?

SERENO.- Es peligroso, señor. Luis y su cuadrilla echaban la partida y estarán a punto de acabar. Podrían verle.

EVELINA.- Es verdad; esos no son trigo limpio. Márchate por el cañón, no habrá un alma a estas horas.

SERENO.- Hay civiles, Doña Evelina.

EVELINA.- Por la vega entonces, pero ya. Tengo miedo, no vaya a ser cosa que por haber venido...

CAPELLÁN.- Tenía que venir.

SERENO.- ¿Entrará al pueblo, señor? **(Silencio.)** Después del arroyo se ve la taberna; si no veo luz, le haré una seña.

CAPELLÁN.- Bien.

EVELINA.- No. Márchate ahora mismo. Si encuentras guardias podrás esquivarlos. Tú conoces este lugar mejor que nadie.

SERENO.- Es mejor que espere aquí, señor Capellán. Si no le hago seña con la lámpara, es que aún están allí.

CAPELLÁN.- De acuerdo. Evelina... **(Le coge las manos.)**

EVELINA.- Qué noche, Capellán...

CAPELLÁN.- En el punto más profundo de la noche, empieza a nacer la luz del día. Hasta siempre, Evelina. **(La abraza.)**

EVELINA.- Amigo mío. Valor y suerte, mucha suerte.

SERENO.- (Le tiende la mano.) Hasta pronto, señor.

(El CAPELLÁN vacila, pero le da la mano.)

CAPELLÁN.- Hasta pronto.

EVELINA.- Estoy contigo. No lo olvides nunca.

CAPELLÁN.- Nunca.

(Mutis de EVELINA y el sereno. CAPELLÁN saca una petaca y bebe. Se sienta en la piedra. Saca tabaco y empieza a liar un cigarro. Le parece escuchar algo extraño. Reacción. Deja el cigarro en el suelo, se levanta y otea a un lado del escenario y a otro. Vuelve a la piedra, pero antes de llegar, se escucha un disparo que le impacta en el lado derecho del pecho. Entran tres embozados. Uno lleva una pistola. Otro coge el trabuco del CAPELLÁN que está junto a la piedra. El CAPELLÁN, los mira atónito.)

¡Traición!

(Uno de los embozados le apuñala por la espalda; el CAPELLÁN vuelve la cabeza.)

¡El "Manchego"! ¡Canalla! ¡El sereno, ha sido el sereno!
¿Hiena carroñera! Perro traidor, sin más temor de Dios

que cualquier bestia. ¡Yo te maldigo y mi maldición te perseguirá doquiera que vayas!

(Otro le apuñala por la espalda. El CAPELLÁN saca su navaja.)

¿¡El "Cabrero"!? Tú también, carnicero, ¿no te maté el hambre a ti y a toda tu prole? ¡De frente, atacad de frente! Herido a mansalva de un disparo..., apuñalado por la espalda... en tropel...

(Otro le apuñala por la espalda.)

¡Muerdo! Señor, llegó mi hora... No hace falta que te ocultes, reconozco tu ruin talle, ¡tabernero! Ni siquiera... el coraje de atacarme uno a uno..., miserables alacranes..., pagaréis con el fuego eterno... Nunca se mancharon mis manos de sangre... Me oye el que va a recibirme en sus brazos. Adiós patria mía, sé feliz.

(Muere. Marcha procesional de la Virgen del Rocío. Todos los actores van entrando al escenario. Levantan el cuerpo del CAPELLÁN, inician paso de procesión.)

FIN DE EL CAPELLÁN... BANDOLERO DEL TAJUÑA